

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XI

15 DE DICIEMBRE DE 1902

Nº 264

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALS





ESCUELA VENECIANA

NOTAS LITERARIAS

La guerra en "Sangre Patricia".--Villancicos de 1902

De todo se cansa el hombre *menos de comprender*, es frase que se atribuye á Virgilio y que aplico ahora á Manuel Díaz Rodríguez con motivo de su último libro. Los amantes de las intrigas montepinescas juzgan que *Sangre Patricia* carece del interés de una novela; otros la consideran sólo como un bello poema en prosa; pero casi todos, obsesionados quizás por las aventuras sentimentales de Tulio Arcos, no se han fijado, á mi entender, lo suficiente, en lo que podría llamarse la filosofía social del autor en sus treinta y un años, quiero decir, en la manera cómo comprende en esa obra el fenómeno de nuestras sucesivas guerras interiores.

En *Ídolos rotos* la guerra aparece semejante á un monstruo de insaciable voracidad que destruye cuanto á su paso encuentra, un incendio cuya loca cabellera de llamas abrasa las primicias de la tierra y consume hasta la esperanza de los renuevos; en *Sangre Patricia* la guerra es una fecundante lluvia de sangre sobre el suelo de donde han de surgir más tarde poderosos brotes, que crecerán al fin y serán árboles cargados de áureos frutos, llenos de savia, y á cuya sombra perfumada un pueblo ge-

neroso y fuerte celebrará el triunfo de la vida. Es en las palabras y en las meditaciones de algunos personajes de *Sangre Patricia* donde hallo esas ideas que indican la fe de nuestro autor en el advenimiento de días mejores después de una noche iluminada por rojas estrellas.

En la casa sonora y grave de sus abuelos Tulio pensaba:

«Nada sin la guerra crea. En la naturaleza una guerra continua es la perpetua creadora. La guerra forma pueblos, constituye naciones, hace la unidad y grandeza de las razas. Da vida, pan, oro y belleza... El ideal surgirá en el extremo de la espada con el triunfo de la rosa».

Así gritaba en la médula de su espíritu la voz de los antepasados que fundaron ciudades y redimieron naciones.

Luégo, en la conversación con Alejandro Martí, blanco evangelista vestido de negro, Ocampo exclama en una disertación en que exalta la moral de los fuertes:

«La guerra cambiará, se modificará, pero no desaparecerá nunca, sencillamente porque es el instrumento más fiel, rápido y seguro que para crear y avanzar tienen á la mano los hombres».

Después, ya de retorno á Venezuela, antes de ir á besar en las entrañas azules del océano á su Belén, dormida para

siempre bajo las uvas del trópico, «Tulio no miraba en la revolución una causa forzada de ruina y muerte. Al contrario, la guerra le decía cómo su pueblo no estaba muerto del todo».

Comparad esas afirmaciones entusiastas con las desconsoladoras que, en presencia de los mismos acontecimientos, emiten varios personajes de *Ídolos rotos*, y será fácil comprobar que Díaz Rodríguez no se ha cansado de comprender y que ha escogido un punto de vista de donde domina amplios horizontes dorados por un nuevo crepúsculo.

La semejanza que Arcos encuentra entre su patria y la Italia del *Quattrocento*, da asunto á consideraciones que halagan nuestras más íntimas ilusiones y nuestros más puros ideales. En efecto, entre nuestra historia y la del siglo XV italiano hay no pocas similitudes como puede comprobarlo el que hojee uno de los muchos libros que sobre esa época se han escrito. Estúdiense allí el espíritu municipal rompiendo la armonía nacional; la aspiración imperiosa de cada ciudad de dominar á las otras; al hombre nacido de esa anarquía regional, producto y cabeza de una fracción que lo ha formado; al mercader que en los negocios aprendió el secreto de explotar las debilidades y torpezas de los hombres; al *condottier* que en medio de una vida de peligros y aventuras adquirió un



DEL TIZIANO

individualismo lleno de argucias; al tirano que, asediado por emboscadas y conjuraciones, no tiene confianza ni en su propio hermano, tal como ocurrió á Ludovico el Moro y que según el consejo de Maquiavelo para defenderse tiene que ser como el centauro Chirón, hombre y bestia á un tiempo mismo.

El historiador Monnier recuerda á Galeazzo María Sforza que entierra vivas á sus víctimas y hace comer una liebre cruda al aldeano que la había robado; á Everso d'Anguillara que cual un fauno persigue á las mujeres á través de las campiñas romanas y asesina á sus propios hijos; á Segismundo Malatesta que oprime á los pobres y despoja á los ricos; á Ferrante de Aragón que adorna una galería de su palacio con la cabeza de sus prisioneros. Diríase esa furia de crimen y libertinaje producto de una aglomeración de fuerzas que buscaban su propio equilibrio, y necesaria tal vez para que surgieran los Papas, los príncipes, los artistas de la época esplendorosa del Renacimiento.

Díaz Rodríguez, interpretando el pensamiento de Arcos, dice con el filósofo que estamos en uno de esos *tiempos de otoño* en que la corrupción y la guerra llevan en sus senos «gérmenes de grandeza y de gloria». Alude sin duda á una página de Federico Nietzsche, en la cual esos síntomas de relajamiento de las costumbres son considerados como el momento crítico de la emancipación, en que «la tragedia corre por las casas y las calles, en que nacen el gran amor y el gran odio y en que la llama del conocimiento se eleva con brillo hacia el cielo», *tiempos de otoño* en que caen las manzanas de los árboles y los individuos llevan la semilla de un porvenir todavía incierto.

¿Estaremos en los primeros días de nuestro *Quattrocento*, en visperas de una aurora? No hay que olvidar que allá en Italia había enterradas en el subsuelo varias civilizaciones que pugnaban por salir á la superficie; acaso los antiguos dioses al querer respirar de nuevo el aire de la vida producían aquel inaudito

frenesi de pasiones; bajo la tierra estaban dormidas las blancas estatuas de Grecia y las águilas romanas; nosotros al cavar tal vez no encontremos sino la flecha del indio y la huaca del cacique.

Pero de todas maneras, el sueño de Tulio Arcos es más generoso que la negación absoluta de Alberto Soria.

*

Descendamos de la cima donde reinan el Arte y el silencio, al valle donde imperan la multitud y los instintos sin los cuales la humanidad habría desaparecido.

La vida multiforme y misteriosa está llena de contrastes; todo es necesario....

*

A imitación de Zola podría escribirse aquí un libro titulado *El Vientre de Caracas*, que para más de una página ofrece asunto el Mercado de la capital. El otro, semejante á una inmensa pajarera asentada en la plazuela de San Pa-

blo, está cerrado desde hace algunos años, pero también se vieron allí curiosas escenas, sobre todo las noches de Carnaval en que pardas golondrinas venidas de todos los barrios pobres y vistosos tucusitos de todos los barrios ricos, revoloteaban al són de arpas y violines, bajo la mirada protectora de los corchetes y la satisfecha del para entonces Presidente de la República, cuyo retrato presidía aquellos retozos democráticos. A veces el tiro de un cazador ponía en fuga a la parvada, ó pardas golondrinas y vistosos tucusitos iban á pasar el resto de la madrugada en el Cuartel de policía. Al amanecer, recogía el Inspector ligas, caretas y cintas, y despertaba á algún pájaro que, envuelto en los pliegues de su dominó, había probado en demasía el licor verde de yerba-buena que creyera inofensiva disolución de esmeraldas. Con el clarear de la aurora desaparecían los últimos rastros de la fiesta, y llenábase la pajarera de honestos patos y venerables pavas destinados á engordar al pacífico y escandalizado vecindario. Pero esos tiempos están lejos, y sólo en los recuerdos suenan distantes las carcajadas y campanillas de aquellas noches dionisiacas.

El único Mercado que ahora tenemos, cual una persona de sanas costumbres trabaja de día y se recoge á buena hora, pero sus ratos de labor están animados de detalles pintorescos y gestos divertidos. Allí la cocinera lenguaraz que se deja apachucar por el mozo de nervudos brazos; más acá dos criadas que despellan á la señora y se cuentan los pipos que el señor les murmura al oído en la soledad de los pasadizos; pilluelos desarrapados, perros sin amos, viejos borrachos con barbas de apóstoles y rubicundas narices; en las ventas de flores y de frutas todos los colores con que la zona tórrida expresa su fiebre. En medio de un olor penetrante á carne y legumbres en descomposición hierven en aquella gran caldera las razas que se están fundiendo para producir un tipo nacional. Un Teniers criollo, que fuera á pintar esa *kermesse*, tendría que poner en su paleta todos los tonos y matices, los más claros y violentos y los más oscuros y anémicos.

Cerca de la Pascua nuevos gritos cortan con notas cómicas la vocinglería de los vendedores; este año se escuchan pregonar: ¡Las bolas! ¡El mocho! ¡El ojo! ¡El guayabo! Son nombres de villancicos ó «aguinaldos» de versistas anónimos y que han de ser cantados por Noche Buena al compás de maracas y guitarras.

Una colección de esos villancicos sería un excelente documento para estudiar las transformaciones del alma popular ó por lo menos la del pueblo caraqueño que en «prosa corta», y entre chanzas y veras, comenta los más notables acontecimientos del año; los de 1902 se limitan á la guerra y el hambre. Rompen todos con un «himno al Niño» y terminan con una «parranda» en que se celebran libaciones y palizas. Dirigiéndose á Jesús dice uno, campechamente cual si se tratara de un compañero de holgorios:

Somos muy dichosos
oh Niño bendito
cuando trabajando
ganamos el frito.

En *El conejo* nótanse los primeros síntomas de la rebelión y la incredulidad:

Estamos cansados
ya del despotismo
por lo cual dudamos
hasta de tí mismo.

Lo que ve el ojo en el villancico de ese nombre es de un negro pesimismo. Con sorpresa me tropiezo en otro con esta exclamación:

Pídoté ¡oh niño! la potente gracia
de transformar mi corazón de cieno.

Pero, como se comprenderá, esa nota baudelariana es completamente extraña en los villancicos, que por lo regular demuestran cierto buen humor fatalista en medio de las penas de la vida.

Si hemos de creer á los «aguinaldos» abundan las cocineras sentimentales que sostienen á sus queridos; de *El guayabo* copio textualmente:

Tu la que pagas
la picecita
porque el trabajo
se me paró,
Yo que te aplano
toda la ropa
porque no quieres
verme salir
y que te labo
y te almidono
y que me pongo
luego á surcir,
todo lo hago
Petra, querida,
y lo soporto
con sumisión
porque no quieres
que me recluten
y me arrecuesten
un carranclón.

Verdad que los favorecidos argumentarán que es esa una manera de escapar á la ley del cabestro, y que es por lo menos más cristiano dejarse mantener, en cambio de algunos servicios domésticos, que disparar contra el pecho del prójimo reclutador.

Quién lo diría, con relación á las cuestiones amorosas encuentro en esa gente cierta semejanza con las marquesitas empolvadas y los abates galantes que se daban cita en los parques de Versalles: como entre ellos «sus besos son superficiales y sus sentimientos están á flor de alma».

Mas, ¿cuándo aparecerá un verdadero delegado del pueblo, un poeta que cante sus furiosos y ternuras, sus alegrías y desesperaciones, un poeta que no se avergüenze de haber nacido del profundo corazón de la gleba?

PEDRO-EMILIO COLL.

Diciembre de 1902.

EL ALMA DE LA TARDE

En las lejanías del ocaso tiende el crepúsculo sus sedas maravillosas.

Bajo un velo diáfano, en una niebla argentada empiezan á envolverse los objetos; y el cielo luminoso del estío palidece. Reina en las verdes frondas un silencio sagrado, y un resplandor indeciso dora las cumbres.

En la llanura entre los follajes, se ven grandes manchas de sombras.

Fulgores amarillentos y fugitivos pasan sobre los árboles, riellando sobre las aguas del río. En el horizonte del Oriente aparecen los primeros crespones de la noche, y en la alta bóveda las primeras estrellas como blancos jazmines. Cruzan el espacio pájaros de tardo vuelo. Y del Este oscuro y del Oeste incendiado, del Norte y del Sur, de todas las lejanías, del seno de los bosques y de lo profundo de la tierra, de las leves brisas y de los vientos del cielo, surge un rumor confuso, múltiple é infinito. Voz de agonía que ante la noche negra se escapa del alma doliente de la tarde.

FROILÁN TURCIOS.

SOBRE UNA FIRMA DE MARIA ESTUARDO

[ANATOLE FRANCE].

Esta reliquia exhala perfume de elegía, Porque la reina Estuardo, de labio purpurino, Que á Ronsard recitaba y el misal, un divino Halito aquí ha dejado de magia y poesía.

La hermosa reina rubia con frágil energía, Firmó MARIA abajo del viejo pergamino. Aquí posó su mano, lirio adorado y fino, Que azulaba una sangre fiera y pronta á la orgía.

Fijáronse aquí dedos de mujer, impregnados En olor de cabellos, por ella acariciados En el real orgullo de un sangriento adulterio.

Y aspiro la fragancia, y veo los rosados Tintes de aquellos dedos, hoy mudos, y trocados Quizá en pálidas flores de triste cementerio.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

NOCTEM TRISTITIA

Noches tristes,
Melancólicas y vagas,
que vertisteis en mi pecho vuestra lánguida tristeza,
la tristeza delirante de las frías nostalgias;
noches frías,
noches frías y largas,
que aviváis en el espíritu el dolor desesperante
por la ausencia de caricias, de venturas suspiradas,
y en que el frío
hiela el alma,
porque faltan los ardores de los besos encendidos,
porque faltan los fulgores de pupilas adoradas;
recoged en un instante
vuestro manto de nostalgias
y esperad á que yo sienta en el desierto de mi vida
el calor de sus caricias y el fulgor de sus miradas.

Solo y triste,
en la alcoba solitaria,
veo flotando mis ensueños como gélidas visiones,
como ronda interminable de noctámbulos fantasmas.
Es que escucho
el monótono tic-tac de los relojes que señalan
aquella hora interminable del que anhela—triste y solo—
el fulgor de unas pupilas y el calor para su alma.

Sed en cambio, oh noches
infinitas, lentas, blancas,
cuando víeréis que á mi pecho prestan vida, prestan fuego
el calor de sus caricias y el fulgor de sus miradas,.....

FERNANDO E. BAENA.

Barranquilla—1902.

LA TRISTEZA DEL CAMPO

Está triste la campiña
Y me preguntas por qué
Con insistencia de niña,
Está triste la campiña
Por la vida que se fué.

Y no lo está por las rosas
Con que los prados ornó,
Por las muertas mariposas,
Por los lirios y las rosas
Que el otoño deshojó:

Triste está por los capullos
Secos en la rama ya,
Por los nidos sin arrullos,
Y por las almas, capullos
Que no se abrirán quizá.

Ama y ríe, la pradera
Está triste, pero aquí,
En nuestra alma, es primavera;
Ama y ríe, la pradera
No se entristece por tí....

FRANCISCO A. DE ICAZA.



LA MAESTRA DE ESCUELA. — Por J. H. Fragonard

LA EXPERIENCIA

NARRACIÓN CASI FILOSÓFICA

Don Tomás Barrientos era persona de juicio y de prudencia.

Nunca tomaba resolución alguna sin meditarla largo tiempo y sin pensar antes las ventajas y los inconvenientes en balanza de precisión.

No; hombre precipitado no lo era don Tomás. Y no se fiaba de su razón, ni de sus impulsos naturales, ni de su instinto, sino que pesaba y medía las cosas y las contrastaba en la experiencia propia y en la ajena.

A la experiencia le profesaba don Tomás Barrientos culto respetuoso.

En lo pasado decía él que estaba escrito lo porvenir, y que allí debía buscar todo hombre las reglas de su conducta.

El raciocinio *a priori* era engañoso, propio sólo de idealistas insustanciales y de los viejos siglos de la Metafísica.

Y así él, siempre que había de tomar una resolución en asuntos de cierta importancia, buscaba en su memoria ó en los apuntes de su diario algún caso análogo, y en él tomaba enseñanza, y por sus enseñanzas se decidía á ejecutar tales ó cuales actos.

Pero como el diablo es travieso y á quien más le gusta atormentar es al hombre prudente, la experiencia le solía dar soberanos chascos á don Tomás Barrientos.

Vaya de ejemplos:

Llegaba el 15 de octubre, y el diario le decía que el día 15 de octubre anterior había hecho frío y que por no llevar ropa

de invierno había cogido un terrible catarro, que á poco más se gradúa de pulmonía.

Pues aunque el termómetro marcaba 18° á la sombra y algunos más al sol, don Tomás vestía ropa de invierno, mediante cuya precaución sudaba más de lo justo, y se acatarraba también.

Pero no por esto perdía confianza en la experiencia, porque observaba que el año anterior había sido bisiesto y que el corriente no lo era con lo que corregía de este modo el precepto experimental; en los años bisiestos hay que ponerse ropa de invierno el 15 de octubre; cuando no lo son, hay que consultar el termómetro.

En el orden moral también sufrió algunos desengaños. Le prestó á un amigo 6.000 reales sin recibo, y el amigo se los negó.

De donde dedujo él esta regla experimental: no se debe prestar nada á los amigos sin el recibo correspondiente.

Pero le acompañó en cierta ocasión hasta la puerta de su casa otro amigo de los más íntimos, y como en aquel momento empezase á llover, le pidió prestado el paraguas.

Y don Tomás, acordándose de la regla que se había impuesto, le dió el paraguas, sí, pero le exigió que subiese y le extendiera un recibo.

Hay, sin embargo, gente muy susceptible, y el amigo se ofendió de veras, le tiró el paraguas á la cabeza, le llamó imbécil y le volvió la espalda.

Don Tomás escribió en su diario. «Aunque siempre hay cierto riesgo, los paraguas pueden prestarse á los amigos íntimos sin necesidad de recibo.»

Iba por la Carrera de San Jerónimo una tarde de verano nuestro don Tomás, naturalmente de cara al sol, y en dirección contraria venía una señora, que resultó ser muy guapa.

Tropezó con ella, que fue tropiezo agradable, y se disculpó galantemente diciendo: «Dispéñseme usted, señora; iba deslumbrado, y es natural, puesto que iba de cara al sol»; y acompañó la galantería con un ademán gracioso que indicaba claramente «el sol es usted».

La señora resultó muy amable, le tendió la mano sonriendo y se hicieron amigos.

Don Tomás escribió en su diario: «En las tardes de verano hay que ir por la Carrera de San Jerónimo de cara al sol, y hay que tropezar con todas las señoras guapas.»

Pero al año siguiente, por la misma época, quiso aplicar la fórmula.

Tropezó con otra señora intencionalmente, repitió la fórmula galante, y sin esperar á que ella le diese la mano, hizo ademán de cogérsela, cuando sintió que otra mano formidable caía sobre su mejilla y le hacía ver al mismo tiempo que el sol poniente, todo un surtidor de estrellas.

Fue preciso modificar el resultado de la anterior experiencia, agregando: «Pero ante todo conviene averiguar si la señora con quien ha de tropezarse va sola.»

Y así se iba tejiendo la vida de Don Tomás; y con ajustar puntualmente su conducta á las enseñanzas de la experiencia, así y todo llovían sobre el señor de Barrientos conflictos, calamidades y desengaños.



MASCARADA CHINA

¿En qué consiste, se preguntaba él a sí mismo, estos chascos que la experiencia me da? ¿Pues no afirma el adagio vulgar que la experiencia es madre de la ciencia? ¿Cómo para mí sólo la madre amorosísima se me trueca en madrastra cruel?

A pesar de todo, Don Tomás Barrientos seguía aplicando a su conducta el método positivista.

Y siguieron menudeando los conflictos experimentales y los bofetones prácticos.

Decididamente en algo consistía su desdicha; pero ¿en qué consistía?

Al fin cierta mañana en que por entretenerse en algo leía un libro alemán de fábulas, encontró en una la clave del problema.

La fábula, en substancia, es como sigue: En una tarde de agosto, por terreno áspero, entre laderas áridas y bajo un sol de fuego, iba un borrico cargado con unos cuantos sacos de sal.

La carga era enorme para el pobre borrico, que caminaba jadeante y sudoroso.

Los sacos eran viejos, con remiendos mal cosidos y agujeros y roturas por donde la sal se escapaba, cayendo sobre las ancas y el cuello del desventurado animal.

Con el sudor formábase salmuera que le penetraba por los poros; y el sol, la sal, la carga y lo escabroso del camino se ensañaban en el borrico, hasta el punto de enloquecerlo de cansancio, dolor y desesperación.

Y no se nos diga que no es verosímil que un borrico enloquezca, porque se han dado muchos casos, y es de esperar que se den otros muchos en lo futuro.

Cuando ya el borrico, que no podía más, estaba a punto de caer, llegaron él y el mozo que lo guiaba, y que a puro palo venía animándole, a un riachuelo, que a poco más hubiera sido río, porque arrastraba bastante caudal de agua.

En el riachuelo se metió el borrico, ó le metió a palos el mozo; pero al llegar al centro tropezó, y la bestia y los sacos cayeron al agua.

No se encontró mal en aquella postura el pobre asno; así es que estirando el cuello y sacando el hocico para no ahogarse, se quedó de buena gana todo el tiempo que pudo en el centro de la fresca y consoladora corriente.

El mozo juraba y maldecía; pero no podía levantar al animal, ni podía darle de palos a su gusto; así es que tal estado de cosas se prolongó mucho tiempo.

Cuando al fin el borrico se levantó y salió a la otra orilla, toda la sal se había disuelto en el agua, y los sacos estaban vacíos por completo.

¡Qué dicha experimentó la pobre bestia, qué felicidad tan honda! El peso había desaparecido, la salmuera se había lavado, y terminó la jornada con un trote ligero y gozoso.

Si don Tomás hubiera sido el borrico, ó el borrico hubiera sido don Tomás, cosas ambas que, dada la fecundidad de la Naturaleza, sus grandes recursos y su infinita variedad, no son completamente absurdas, hubiera escrito en su diario: «Cuando se lleva una carga muy pesada y se encuentra un arroyo, hay que dejarse caer en él y hay que estar en el agua un buen rato.»

Pues esto hizo el borrico, según pare-

ce: escribir esta sentencia ó este consejo en alguna de las circunvoluciones de su cerebro asnal; porque al cabo de algún tiempo venía otra vez por el mismo sitio con otra carga, que esta vez no eran sacos de sal, sino una verdadera montaña de esponjas, y sucedió lo siguiente:

Todo era igual a lo que fue en la primera ocasión: la época del año, pues era un abrasador día de verano; el sitio, que por el mismo barranco caminaba el asno y hacia el mismo arroyo se iba aproximando; el cansancio, porque la jornada había sido larga, aunque la carga no era tan abrumadora como la otra vez; las molestias, porque lo que no iba en salmuera iba en moscas; todo lo mismo, con esta única diferencia: la de llevar sobre el lomo esponjas, en vez de llevar cargamento de sal.

Pero estas diferencias no puede apreciarlas un borrico; pedir que las apreciase, sería pedir demasiado a su modesta inteligencia.

Así es que el animal iba pensando consigo mismo: «Todo esto será hasta que yo llegue al arroyo; en cuanto llegue, me echo en el agua, y en cuanto me eche, se acabó la carga, y me levanto fresco y ligero.»

Así fue, que al acercarse a la arroyada, el borrico volvió la cabeza, miró con sorna al mozo que le guiaba, levantó el labio, que fue una manera de sonreír, porque enseñó los dientes, y pensó para sí: «En cuanto lleguemos al arroyo, verás tú.»

Y en efecto, llegó a poco, penetró con cierto trotecillo provocativo, y en cuanto se vió en el centro, se dejó caer, y en el agua se sumergieron las esponjas.



DE MI NUEVO PRETENDIENTE. — Por A. Schram

Así estuvo un rato, y al fin se levantó, pero aquí fue ella.

¡Escarnio de la suerte, desengaño cruel, traición infame!

La sal de la otra vez se había deshecho, pero las esponjas se llenaron de agua, y la carga se multiplicó de una manera abrumadora.

Apenas pudo salir el borrico del arroyo, y el resto del camino fue una continua agonía. Las piernas se le doblaban; á palos le hacía levantar el mozo, y el sudor de la fatiga se mezclaba con lo que chorreaba del empapado cargamento.

El borrico no sólo iba muerto del cansancio, sino abortoy confundido y abriendo mucho los ojos, como quien dice: «No lo comprendo; esto si que no lo comprendo.»

Realmente, es pedir demasiado empeñarse en que un borrico entienda lo que hay muchos hombres que, con ser hombres, no llegan á comprender; el método experimental y el método histórico tienen sus inconvenientes y sus queiebras.

Don Tomás leyó la fábula, y al concluir la se dió una palmada en la frente y dijo lo que se dice al fin de muchas comedias: ahora lo comprendo todo.

La sal se deshace en el agua; la esponja la chupa.

La carga desaparece en un caso, pero se acrecienta en el otro.

Eso me ha sucedido á mi muchas veces en la vida, pensó don Tomás.

Si, gran cosa es la experiencia; pero en cada caso hay que distinguir y analizar y no proceder de ligero.

En adelante, antes de echarme en el arroyo, me enteraré bien de si la carga que llevo es de sal ó de esponjas.

Y así lo hizo en adelante. Y cuenta la historia que lo pasó bastante bien.

Su modestia fue recompensada: se había resignado á recibir las lecciones de un pollino, y obró prudentemente, porque á veces los más humildes dan lecciones provechosas á los más sabios.

Le fue bien hasta el fin, repetimos, porque algún tiempo después pensó en casarse, y lo estuvo dudando, porque no sabía á punto fijo si la nueva carga iba á ser de sal ó de esponjas.

Pero como la novia era andaluza y muy salada, creyó lo primero, y se metió en el agua resueltamente; es decir, que se casó y fue feliz. Y aquí se acabó la historia de don Tomás Barrientos y del borrico de la sal y las esponjas.

JOSÉ ECHEGARAY.

TRISTE

Tú no debes reír, deja que ria
Quien no tiene cual nimbo en la cabeza
La aureola de paz y de tristeza
Que me atrajo con honda simpatía.

Tú no debes reír, amada mía,
Te lo impuso al nacer Naturaleza
Cuando te dió la mística belleza
De un cielo gris al declinar el día.

A tí me lleva el inefable encanto
De algo solemne, misterioso y santo;
Que en tus ojos, rasgados y profundos,
Con destellos de luz están escritos
Esos misterios tristes é infinitos
De noches claras y lejanos mundos.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

UN IMPERIO QUE BROTO DE UNA LARGA DECADENCIA

De las románticas montañas de Turingia, de las leyendas que cautivaron el corazón de las generaciones, enardecieron los espíritus y nutrieron los vigorosos deseos nacionales, brota la tradición del imperio de Alemania en concepción sublime, como brota el aroma que embriaga los sentidos de las pomposas flores azules que matizan las mesas de un verdor eterno, que se extienden entre los erguidos picos, en cuya altura eleva sus muros el alcázar nacional del Kiffhauser.

Desde que el hijo del caudillo de los Jeruscos, el vencedor de las legiones de Varo en la selva teoburguesa, el *liberator haud dubie Germania* de las narraciones clásicas de Tácito, el joven Arminio, en fin, apareció entre los pueblos germanos, en el siglo obscuro de la promesa, para abrir la entrada de la historia de Alemania, pasaron muchos siglos, hasta llegar á las hoy dominantes serenas cumbres del cumplimiento. La tradición hizo su etapa en el sueño triste de Federico Barbarroja, el gran emperador, el idolo y el tesoro de Alemania, el *amor bonorum, terror malorum* de las leyendas de la Edad Media, de la edad de la fe invencible y de los presentimientos profundos que no han defraudado la historia. Allí, en aquel monte, rey de los montes de Turingia, le colocó la musa poética del pueblo, que más y más lo embellecía con los atractivos de la memoria y de la distancia. Sobre una silla ebúrnea se sentaba el Emperador, apoyando su augusta cabeza con la barba de fuego en una mesa de mármol. Allí dormía, y dormía siglos enteros, el sueño de la fe, el sueño de la esperanza, el sueño de la patria. Allí dormía en el silencio de la soledad, hasta que los ancianos cuervos de los misterios, confusos, cesasen de volar en torno de la montaña encantada.

Cada cien años, Federico Barbarroja despertaba. Con ojos angustiados miraba en torno de sí. Contaba rápidamente las arenas que aún quedaban por correr en el perezoso reloj que marcaba como una hora la duración de diez siglos, y con acento melancólico preguntaba al fiel enano, vigilante de su sueño: —*¿Qué? ¿Aún vuelan los pardos cuervos en torno de mi alcázar de Kiffhauser?*

En el corazón de cada pueblo de brillantes destinos, late un mito que siente la tradición de un Mesías, en quien toman figura los deseos nacionales. Arminio salvó la libertad teutónica, cuando el poder latino era más fuerte bajo el Emperador Augusto. Pero el sueño del imperio lo creó la emulación de Carlo-Magno, y del poder de la Iglesia de Roma. La individualidad germánica, frente á la dominación latina, fue la fuente de la más generosa tradición en Alemania desde la edad más remota de la historia, desde la edad de Cristo. Desde entonces, para ella todo fueron promesas y esperanzas.

Los cuervos de la montaña de Turingia seguían volando alrededor del más épico castillo, y á través de la mesa de mármol, la barba del Emperador encantado había crecido hasta tocar el suelo con sus hebras encendidas.

Pero brilló la aurora del día de la ventura. De los montes de Suabia, en me-

dio de la noche profunda, é iluminadas por el rayo desmayado de la luna, salieron las brillantes cabalgatas de los antiguos Emperadores del Hohensfaufen, envueltos en sus mantos de niebla. Las de los nuevos Emperadores del Hohenzollern, caminando sobre nubes esplendentes, iban precedidas del lucero de la luz. La torre de Kiffhauser se levantó como el trono de la tradición nacional. Los fulgores de la blanca aurora rompieron los tupidos velos de la noche obscura; el dulce rayo del alba coronó la enhiesta cumbre con su púrpura imperial, y todas las montañas de Alemania brillaron sonrosadas de purísima lumbre.

El potente y majestuoso vuelo del águila alejó los cuervos del horizonte del alcázar. Bélicos sonidos poblaron los espacios. —*¡Arriba, Barbarroja!*— repitieron los ecos por todas partes. En cada piedra apareció grabada la leyenda de los Príncipes de Hohenzollern: —*Desde el peñón hasta el mar.*— Y la fantasía de los pueblos, que armándose de rayos vertieron á raudales su honrada sangre en las batallas patrias, vió á su héroe querido despertar del sueño de diez siglos, para ser el caudillo de la guardia del Rhin, y para hacer del imperio alemán el pasmo del mundo.

No concluyó aquí la maravilla: la barba roja de Federico se había plateado en el rostro de Guillermo. Pero Guillermo, como nuevo Arminio, había dicho á toda la Alemania que se extiende de las costas nevadas de Jullandia hasta las floridas fronteras de Italia, en presencia del Augusto de Francia, del nuevo emperador latino: —*Hé aquí otra vez á Varo y á sus legiones, amenazados de un destino igual.* El pueblo contestó, enardecido del sentimiento patrio: —*Pero tú eres el igual de Arminio, el Salvador.* Guillermo se armó de la espada alemana de dos filos, en cuya hoja de acero bruñido como la plata campeaba esta leyenda: —*La unidad alemana es mi fuerza: Mi fuerza es el poder de Alemania.* Entonces se levantaron todas las estirpes del pueblo teutónico. Los soldados de la nueva legión se contaron por el número de los ciudadanos, y antes de que se celebraran las solemnidades de Versalles, ni de que el caballo flamígero del hulano atravesara los puentes del Rhin, por toda Alemania resonó esta exclamación unanime y universal: —*¡Viva el Emperador!*

Entretanto ¿quién era el Emperador?

El Rey Federico Guillermo III de Prusia tuvo dos hijos: el primero fue Rey, el segundo Emperador.

Pero aún más que estos hijos dichosimos, el Rey Federico Guillermo III tuvo una ventura mayor: la de una esposa admirable en la Reina Luisa de Mecklemburgo-Strelitz, la madre augusta del Rey, la madre augusta del Emperador.

El Rey Federico Guillermo III era la imagen del Grande Federico; pero las grandes madres de Alemania no presentan el ejemplo de otra Reina como Luisa.

Cuando el entonces Príncipe Federico Guillermo la conoció en Francfort en marzo de 1793, después de las fiestas de la coronación de Francisco, último Emperador de Alemania, herido del rayo divino del amor dijo: —*Aquella ha de ser reina, ó ninguna.* Nueve meses después,



MUERTE DE LA PRINCESA CARAKANOVA. — Por Flawizki

en diciembre del mismo año, la avenida de los Tilos se inundaba de soberbios arcos para recibir en triunfo á la desposada del heredero de la corona. Berlin, desde entonces, no hizo más que celebrar frecuentemente la sencillez de la Princesa, que era un ángel de hermosura y era aún más ángel por el espíritu.

La primer anécdota con que, escandalizándose la etiqueta de la corte, hizo llorar de ternura á todas las madres del pueblo, se refirió á los días de su boda. Entre los obsequios nupciales llegó una niña á recitarla versos, y lo hizo con tanta gracia, que la Reina, enternecida de gratitud, besó á la niña en los labios, en la frente y en los ojos.—¡Dios mío!

¿Qué ha hecho V. A. R.? dijo la dama de honor, alborotada de aquel delito atroz de lesa etiqueta.—¡Cómo! contestó Luisa, ¿no debía haber hecho eso? La corte, sin embargo, tuvo que acostumbrarse á estas llanezas.

Un poco más tarde, siendo Luisa ya Reina, celebró otro rasgo de su inmortal carácter. Visitaba la feria de Nochebuena en Berlin, y viendo que una mujer que iba á comprar en una tienda zambombas y panderos, castañas y rosas y algún nacimiento, quería retirarse ante los Reyes, le dijo Luisa:—Pase usted, buena mujer. ¿Qué dirían los que venden si nosotros les ahuyentásemos los compradores?—Y después de haber oído

que aquella mujer tenía un niño de la misma edad que el Príncipe real, compró para él zambombas y tambores diciendo:—Dé usted eso, buena mujer, á su príncipe de la corona en nombre del mío.

Solamente se vanagloriaba de ser reina por poder derramar sus beneficios sin contarlos, y así escribía en 1797: *Soy ahora Reina, y mucho lo celebro, pues desde hoy no tengo que contar los beneficios con el cuidado de antes.*

El Rey Federico Guillermo la amaba con la ternura de un perpetuo enamorado. Un día, cuando depuestos los magníficos trajes y las preciosas joyas, el matrimonio se halló en la soledad de su cuarto, la simpática Princesa parecía á

su apasionado esposo una perla que había logrado su pureza primitiva, y teniendo las manos blancas de Luisa en las suyas, el Príncipe exclamó con júbilo:—*¡Gracias á Dios que vuelves á ser esposa mía!*—*¡Cómo!*—replicó Luisa sonriendo, *¿no soy tuya siempre?*—*¡Ah! no, arguyó Federico Guillermo suspirando, debes ser las más veces Princesa de la Corona.*

Sin embargo, cuando fue Reina, Federico Guillermo comprendió que era la digna esposa de un Rey, de tristes aunque gloriosos destinos. Con ella compartió los peligros de la patria, y ante ella Alejandro, Emperador de los slavs, y Federico Guillermo el Rey de los germanos, su marido, hicieron juramento de amistad eterna en la solemne noche del 5 de noviembre de 1805, ante el fétetro de metal de Federico el Grande, en la iglesia militar de Postdam.—*¿No es verdad,* preguntó el Emperador al Rey en aquella ocasión suprema, *que ninguno de nosotros dos caerá solo?*—*O ambos ó ninguno,* respondió con la misma fe el Rey al Emperador, mientras Luisa bendecía aquel juramento con sus lágrimas.

¿Y por ventura no fue desde aquel día Luisa la heroína de la epopeya patria en los días de las tristezas que á la nación de Federico produjo Napoleón, aquel loco que no sabía vivir sino acaudillando soldados que se matasen combatiendo?

..

¿Quién cuenta las derrotas de Alemania bajo el cañón napoleónico? Pero Luisa decía después de Friedland:—*Moriremos con honra, honrados por las naciones, y siempre, siempre, siempre tendremos amigos, porque los merecemos. Quizá es un beneficio para nuestros hijos haber visto ya en su juventud las adversidades de la vida. Si hubiesen nacido en el seno de la abundancia, del poder y de la gloria; si hubiesen visto correr siempre por el país las aguas de la prosperidad, hubieran imaginado que eso tenía que ser siempre así. Pero que puede suceder también lo contrario, harto lo ven en el severo semblante de su padre y en las lágrimas de su madre.*

Alentado por estos consuelos el Rey Federico Guillermo, el mejor de los hombres, como Luisa le llamaba, escribía con santa expansión:—*Tú, querida Luisa mía, me has sido más entrañable, más querida en la desventura. Ahora sé por la experiencia qué tesoro tengo en tí. Que por fuera brame la tempestad, si sólo en la unión de nuestras almas reina el buen tiempo. Por amarla con todo mi corazón, he llamado, Luisa, á nuestra hija menor. Que en ella se halle una Luisa como tú, ese es todo el bien que la deseo.*

Sin embargo, no paraba en la resignación el patriotismo de Luisa. Después de la paz de Titsitt, la innata caballerosidad del Emperador Alejandro le movió á aconsejar que Luisa celebrase una conferencia con Napoleón, para que se mejorasen las condiciones de aquel tratado suscrito bajo la espada del vencedor. Luisa no sabía ni aun si estaría cortés con el autor de la desgracia del Rey y de su país; pero, acostumbrada á sacrificarse, consintió en ello, y cuando con aire bastante despreciativo Napoleón preguntó á la Reina de Prusia:—*¿Cómo se atreven ustedes á hacer una guerra contra mí?* con dignidad contestó ella:—*Señor, era*

lícito á la gloria de Federico el engañarse acerca de nuestras fuerzas.

Napoleón, encantado de la belleza peregrina de la Reina, la ofreció una flor, y ella, dominándose, la aceptó, aunque se sintió herida por las espinas de aquella rosa.—*Quisiera la rosa*—replicó Luisa obediendo á una repentina inspiración patriótica, *pero con la noble ciudad de Magdeburgo.*

No vino Magdeburgo á las manos de la Reina; pero vinieron las armas emponzoñadas de la calumnia á herir aquel corazón, el más grande de los corazones alemanes. Desde entonces, al voto de la patria se unió el voto del honor. Confundiéndose en la Providencia, Luisa decía:—*Nuestras fronteras se extenderán hasta el Elba; no obstante, el Rey es más grande que su adversario.*

Contemplando un desierto sin una flor, si miraba á lo pasado, y divisando aún muy negros los horizontes del porvenir, el mártir de Prusia esperó que de los amantes de la patria se formase una liga santa, y á que Stein, aquel varón de corazón ardiente y fría y robusta inteligencia, concibiera los remedios á los males que afligían al país. Entonces escribió á Stein: *Conjuro á usted por el Rey, por la Patria, por mis hijos, por mi misma; porque, puesto que Stein está aquí, eso me prueba que Dios no ha abandonado á Alemania.* Entonces procuró enardecer el corazón de una generación nueva, dejándola sobre la larva de la calumnia, el estímulo de la vindicación; y en las fiestas de 10 de enero de 1810, brindando por Ermán, «el único caballero que se atrevió á romper una lanza por el honor de su Reina contra Napoleón, cuando los otros enmudecieron todos.» marcó á los corazones generosos un nuevo camino del deber nacional.

Entonces, y casi ya reposando sobre el lecho de una muerte temprana, escribió, también á sus hijos, aquel testamento que decía: *Hijos míos, no hay más estado prusiano, no hay más ejército, no hay más gloria nacional. Todo se desvaneció cual la niebla que en los campos de Jena y de Auerstaedt escondía los horrores de aquellas batallas funestas. Hijos, cuando vuestra madre haya espirado, recordad esta hora fatal. Dedicad lágrimas á mi memoria, como yo las consagro á las ruinas de la patria. Pero no os contentéis sólo con lágrimas. Obrad, desarrollad vuestras fuerzas. Quizá el genio de la Prusia descenderá á vosotros, y de ese modo libertaréis á vuestro pueblo de la vergüenza y de la humillación que sobre él pesa. Hacedos hombres y aspirad á la gloria de héroes, como cumple á príncipes y nietos del gran Federico.*

Toda Alemania se juzgó el escuadrón de los hijos de aquella gran madre: toda Alemania juró sobre su tumba restaurar los laureles de la historia y llenar los arcanos del destino. El genio de Schiller escribió con signos invisibles sobre el sepulcro de la Princesa de las princesas: *Infame es la nación que no lo sacrifica todo por su honra.* Y el genio alemán contestó:—*Tenemos que lidiar, para que vuelvan á brillar aquellos ojos á causa de nuestras victorias.*

..

¿Y quién habría de ser el héroe de esta empresa? Cuando el Príncipe Guillermo Federico, nacido en 22 de marzo

de 1797, contaba apenas once años, la Reina Luisa así se lo describía á su augusto padre el Duque de Mecklemburg-Strelitz:—*Nuestro hijo Guillermo será como su padre, sencillo, honrado y discreto. También en su exterior tiene con él la mayor semejanza. Sólo me parece no será tan hermoso.* Aquí la Reina añadía:—*Perdóneme usted, padre mío; todavía estoy enamorado de mi marido.*

De aquel niño nadie sabía que nació para Emperador. Durante todo su reinado, el Rey Federico Guillermo IV no tuvo un soldado mejor que su hermano el Príncipe Guillermo. En Bar-sur-Aube, en 1813, ciñó á su frente el primer laurel de la batalla, y fue condecorado con la cruz de Hierro. Los deseos de la madre se veían cumplidos, pues él era el primero de los caballeros de Luisa que se presentaba á realizar la tradición de los tiempos y á cumplir la promesa hecha sobre el sepulcro de la Reina.

El primer soldado del Rey, como toda la corte le llamaba, fue el Regente de Prusia de 1857 á 1861; y cuando en 2 de enero murió el Rey, su hermano, su empeño todo se dirigió á hacer más efectivas estas promesas y á borrar con el hecho triunfante el mito de la tradición.

Desde entonces no hubo en Alemania personalidad que infundiese mayor respeto que Guillermo, la encarnación de la majestad. En toda su alma parecía que traspiraba la trasfusión del alma de la Reina su madre. Sobre aquellos ojos tan serenos y tranquilos; sobre aquella sonrisa tan benévola que animaba su semblante; sobre aquel rosado color de su rostro que le imprimía una perpetua frescura, flotaba algo vago, algo divino, algo que recordaba el sello de aquella sublime maternidad. En todas las condiciones de su persona ella se adivinaba y se admiraba, y bien puede decirse que Guillermo I fue grande, porque á la par le animaban la gran tradición secular de la patria y el grande espíritu de Luisa.

No hago historia ni mi pincel alcanza á delinear el contorno de este bello retrato. Las empresas que condujeron á Prusia desde las fronteras de Dinamarca á las fronteras del Austria y á las fronteras de Francia; las empresas que dieron su unidad política á todas las estirpes de Alemania bajo el cetro imperial del nuevo Arminio, del Barbablanca de la historia, que substituyó en vida y en vigor al Barbarroja de la tradición, refiérenlas prolijos historiadores. Yo sólo apuntaré los rasgos de un carácter que en sus triunfos movió todas mis simpatías.

Desde que subió al trono no perdió ocasión de consignar en presencia del Comandante de Metz, con motivo de la apertura del ferrocarril de Rhin-Nae y de Saar: *Jamás consentiré que se pierda un ápice del suelo alemán.*

La campaña de Bohemia fue la primera prueba del nuevo poder alemán. Para correr á esta aventura, el Rey Guillermo demostró con evidentes hechos que fe depositaba en los grandes hombres que rodeaban su trono: en Bismarck el alma de su política, y en Moltke el genio de sus banderas. Pero al mismo tiempo demostró también en aquella campaña cuál era su valor personal y cuán dignos de él los Príncipes de Prusia.

El día de Koenigsgraezt, que los fran-



INVASION DE LOS BÁRBAROS. — Por H. Louvet

ceses llamaron Sadowa, fue el día de las pruebas irrecusables. Medio día iba pasado en la pelea sin que hubiese aparecido aún el salvador, el Príncipe heredero. En aquellos momentos de zozobra los ojos de águila de Bismarck descubrieron su ejército, que llegaba á la refriega con la misma oportunidad que el de Blücher llegó al campo de Waterloo. Con él iba la victoria.

El anciano Rey precipitóse impetuoso en medio del fuego de las granadas. Bismarck quería detenerlo para que no buscase el peligro cierto. Pero el Rey Guillermo le contestó:—*¿Cómo podría yo dejar de presentarme cuando mi ejército está en el fuego?*

El otro soldado de aquel día que rivalizaba con el Príncipe de la Corona en noble celo para obtener la palma de la victoria en presencia del anciano Rey, era el Príncipe Federico Carlos.—*Tu ejército ha llevado á cabo cosas grandes*, le dijo al concluir la jornada el Rey Guillermo.—*Podrá hacer cosas mayores*, contestó el Príncipe. Su respuesta fue también una frase del juramento solemne y santo que todos los Príncipes de Prusia habían hecho en aras de la unidad de Alemania sobre la tumba de la Reina Luisa.

Aquel día fue de grandes entusiasmos.—*Toma, hijo mio: la has merecido*, decía el Rey á su amado Fritz, poniendo sobre su pecho en presencia de los soldados la misma cruz que él ganó en Bar-sur-Aube en 1813; y los mismos soldados, al ver al viejo Rey al frente de

las Compañías, al perseguir al enemigo, entre la embriaguez del júbilo y del enternecimiento abandonaban las filas y acudían á cubrir con sus besos las manos de Guillermo. Describiendo esta escena:—*Tuve que consentirlo!* escribió el Rey á la Reina Augusta.

Nada hubo más patético que la declaración de la guerra entre Francia y Alemania en 1870. La ofensa inferida al venerable Rey en los baños de Ems por el conde de Benedetti, embajador de Francia, á causa de la imaginaria Corona de España, cubrió de carmín las mejillas de todo el pueblo alemán. Todos los mitos y toda la historia despertaron de repente. La raza germánica salió de su sueño. El instinto nacional comprendió que había llegado la plenitud de las promesas y de su civilización.—*Diga usted al Conde*,—decía el Rey á su ayudante con una calma de hierro cuando el Embajador se presentó por última vez en su estancia—*que no tengo que comunicarle más*. El Embajador se retiró; el pueblo, que vigilaba su salida, leyó en su rostro esta palabra: *¡Guerra!* Y cuando el Rey abandonó á Ems, le vitorió con entusiasmo, sobre todo cuando subido sobre el vagón decía, despidiéndose, á los que allí quedaban:—*Hasta la vista*. El pueblo contestó con un grito que resonó hasta en las nuevas provincias de Hesse y Hannover: *¡A París! ¡Viva nuestro Rey Guillermo!*

A su llegada á Berlin, el Rey entró en el bosque de Pinos del florido jardín de Charlottenburgo, donde está el mausoleo de sus augustos padres, y ante el sar-

cófago donde, ornada de una corona de oro, cerrados los cansados ojos, duerme en dulce sueño la más alemana de las alemanas, gloria de la patria, adorno del trono, idolo del Monarca, aurora de Prusia, genio del espíritu teutón, pasó de hinojos orando un cuarto de hora. El mismo día renovó el glorioso premio de Luisa, creado por Federico Guillermo III: *la cruz de Hierro*. Llevando el escudo de la madre, llevando las promesas de la patria, ¿cómo el Rey Guillermo no había de salir vencedor? Pero las promesas eran más altas, y el que entró en las campañas germánico-latinas como Rey de Prusia, el que, nuevo Arminio, salió del Rhin á defender las fronteras alemanas, realizó el sueño del encantado Barbarroja y salió coronado en Versalles Emperador de Alemania.

Los amantes de las glorias prusianas no olvidarán jamás los rasgos de ternura del Emperador en medio del hambre de sus hijos citados por la Francia á los umbrales de la muerte. Todos como él eran héroes, y con todos se portó como se portan los grandes corazones. Ninguno se quejó de su injusticia, pero todos recordaban sus bondades:

¿Quién ha olvidado á aquel joven oficial herido en Gorce, que llevaba en su pecho una rosa encarnada y la ofreció como último homenaje de amor á su Rey, cuando éste le vió en el lecho de sus dolores, y cuando la muerte parecía que había ya impreso su pálido sello en su frente? Tampoco el Rey, que, conmovido en el alma, colocaba aquella rosa

en su corazón, olvidó á aquel leal oficial, y sabiendo que éste había recobrado la salud, le remitió en la Nochebuena del año siguiente un lienzo peregrino para que *stipiera la posteridad*—según el mismo Guillermo escribió á aquel bravo oficial—*que un fiel alemán pensó en su Rey aun en momento tan triste y en hora tan obscura, y que su Rey le quedó siempre agradecido*. El cuadro de oro con una rosa labrada en plata, es una bella alegoría de la noche sangrienta de Gorce. ¿No era este recuerdo digno de un Emperador como Guillermo?

* *

Gracias al Emperador Guillermo, las promesas del tiempo y el testamento de Luisa fueron cumplidos. La Alemania fue una y el Rhin alemán, con lo que la calumnia de Napoleón quedó vengada.

Ni la madre pudo pedir á Dios un hijo más bueno, ni la patria un héroe más insigne. Los cuervos de negras alas huyeron de las montañas de Turingia.

Federico Barbarroja despertó del sueño de los siglos, y al volar su espíritu con invisibles alas á una morada inmortal, convertida en brillante página de la historia la leyenda tradicional, arrojó sobre la noble frente del anciano Guillermo la corona de eterno lauro tejida por la aspiración de los siglos y enlazada con los violados lirios perfumados de una mística esencia que crecen en la solitaria tumba, nido de flores patrias que se alza en medio del espeso bosque de pinos, protector del hermoso jardín de Charlottemburgo. De ella emanaban dos bendiciones celestes: la bendición de la patria, la bendición de la madre.

¡Oh patria amada, mi noble y santa madre! ¡Oh sepulcro del Escorial, que encierra el mejor de los Reyes, cuyos dominios ha mutilado el infortunio! ¿Habrá brillado ya para España también su nuevo Arminio?

NICOLÁS PEREZ MERINO.

ACRIMINADO

(POR EL COJO ILUSTRADO)

Varios días que el trigo estaba en la encierra.

El alto montón de gavillas habiase deshecho poco á poco, triturado por el constante pataleo de las dos pjaras que corrían alternándose, casi sin parar.

Ahora era la última carrera: la chancadura.

Adentro, los trabajadores con los calzones remangados hasta la rodilla; por la entreabierta camisa el velludo pecho al aire, permanecían de pie bajo el sol ardiente del verano, sudando á chorros, con la horqueta clavada en el suelo para señalar la pista de la era, limitada á la otra orilla por una reja de palos.

Vibraciones del aire cálido en los rastrojos blancuzcos y un viento alegre, á propósito para la aventa, soplando en los ponchos chillones de los huasos, llenos de interés por la carrera que dirigían dos de ellos. Animaban estos á los animales con fuertes gritos, característicos de cada jinete y en cuya originalidad ponen mucho de amor propio.

—A yigua, á yigua, á yiguaaaa!

—Hu ha, hu, ha, hu ha....

Como que era la última corrida, todos

sentíanse remozados por la proximidad de la fiesta que seguiría á la trilla y una algazara de mil diablos cruzaba por encima de la paja.

El patrón había regalado dos corderos y un barril de chicha nueva, y detrás de la ramada donde estaban las cantoras y las niñas, empezaba á elevarse un humito azul, muy decididor, que se desvanecía en el aire.

Una mujer con pollera colorada y los brazos desnudos, salió de la ramada para gritar, mientras hacía señas con las manos:

—Pancho! veniii....

A riesgo de ser pisado por las yeguas, un peón sudoroso, cubierto de tierra, impregnado de olor á trigo, cruzó corriendo la era para acercarse á la moza.

—¿Pa qué me quiere, mi alma?

—Ayúdame á despostar el cordero, pues.

—Psch! me las valgo pa eso.

Al grito de la mujer, el Romano que también era horquetero, volvióse bruscamente y miró con rabia á la pareja que se perdía detrás de la quincha de la ramada, alcanzando á ver el abrazo de Pancho á la muchacha.

Esta se desprendió suavemente.

—Déjate. No vis que puede ver mi taita?

—No le hace; pa eso vay á ser mi mujer.

—Sí, pero.... Haz lo que te hay dicho primero.

—Gueno, pues.

Con suma destreza, de un solo tajo abrió el vientre del cordero, muerto ya, y miró á la muchacha con aire satisfecho, como diciendo: ¿qué te parece?

Ella, al sonreír, mostraba los dientes blancos y las rosadas encías en el arregamiento de sus labios y cariñosamente seguía con la vista á su novio que tornara á trabajar.

—Mirá, Carmela ¿queris que sea conmigo la primera cueca que bailis vos?

—Claro que sí.

—¿Y me day un abrazo espues?

—¡Yaya! las cosas que ice!.... me voy también.

Antes que tuviera tiempo de detenerla se fué corriendo, subido los refajos y mostrando las piernas.

Francisco la miró alejarse con sonrisa socarrona mientras volvía á su tarea.

En la era, resonó la fuerte voz del yeguerizo que ordenaba:

—Guelta yeeegua! guelta y juera!

Y despues:

—Chiquilla, tré un trago, que se reseca el gazzate. Tengo la boca como yesca ya!

Un gran mate lleno de rubia chicha agrídulce, corrió de mano en mano. Despues los jinetes se apearon y desde el mayordomo hasta el último peón, todos cogieron horqueta, se pusieron al trabajo, y en dos por tres quedó formada la parva.

Era lo último que debiera hacerse aquel día.

A través de la quincha empezaba á escucharse el punteo de la guitarra preludiando la fiesta.



AL AGUA!

Al punto se amontonaron todos en la ramada.

No Calisto, el mayordomo, bailó la primera cueca con ña Viviana, su mujer. una vieja lo más buena y con la cara llena de risa, quien tuvo que salir al medio, mientras se escusaba riendo.

—Ejémoslo pa los guainas, Calisto... El tiempo de nosotros se pasó ya....

—Ei es, mujer ¿no servis ni pa una cueca, entonces?

—Atráquele no más, ña Viviana; de güen tronco, güen fuego.

—Güeno, pues—dijo la viejita, ya resignada—Carmela, hija, préstame tu pañuelo, niña.

La muchacha, muy contenta de ver bailar á sus padres, le alargó el pañuelo de seda lacre.

No Calisto, con toda elegancia, bailó con espuelas y zapateaba que era un gusto, acompañando con el rín rán de las rodajas, la música de la guitarra y el tamboreo de las tres mitades.

Después, ño Jesús, el yeguerizo, hubo también de lucir su habilidad y arrastrándola de una mano, salió á cancha con la Rosa, una negra rosada como una ciruela y muy diablaza. A continuación de él, todos los demás.

La fiesta seguía en su punto y los tragos menudeaban. Ya había algunos alegruchos. La sonajera de las espuelas, la música, el tamboreo, la voz de la cantora, los aros y las bromas de todo género, formaban un ruido ensordecedor.

Afuera, el sol parecía un espejo; las yeguas ramoneaban en los rastrojos y la paja de la era tenía un brillo de polvo de oro.

El Romano se acercó á Carmela para invitarla.

—¿Vos no has bailao, Carmela?

—No, pues, Romano.

—Entonces vas á bailar conmigo.

—No, no, no pues, Romano—se avergonzaba sin hallar cómo decirle que estaba comprometida con Francisco.

Al Romano se le hincharon las narices y arrugó las cejas, enojado.

—¿Me apreciáis á mí?

Francisco que venia entrando en ese instante, se acercó á los dos y dijo de mala gana:

—La Carmela no baila más que conmigo.

Allá por el dieziocho, mientras zandunguaban en una fonda, habian tenido pendencia á puñetazos, y á pesar que el Romano cayó debajo, los dos se guardaban rencor desde entonces.

—Ei es, ñor. Guarde la guapeza pa los hombres y no sea tan parao con las mujeres.

—Tiempecito que salí de la escuela!... El que me busca me halla, ño Simón...

—Claro! — repuso el otro con sorna.

—... Y si usted quiere camorra...

—Quién sabe, pues, ñor!

—Salga pa cá, entonces.

—Al tiro. ¡No le juera á teneo tal vez!

Carmela se interpuso entre los dos, cogiéndose de los brazos de su novio.

—Pancho, Pancho! No, Pancho, por Diosito.

La gente principiaba á arremolinearse. Intervino ño Calisto.

—¿Qué es eso, Pancho? venis á aguar la fiesta?"

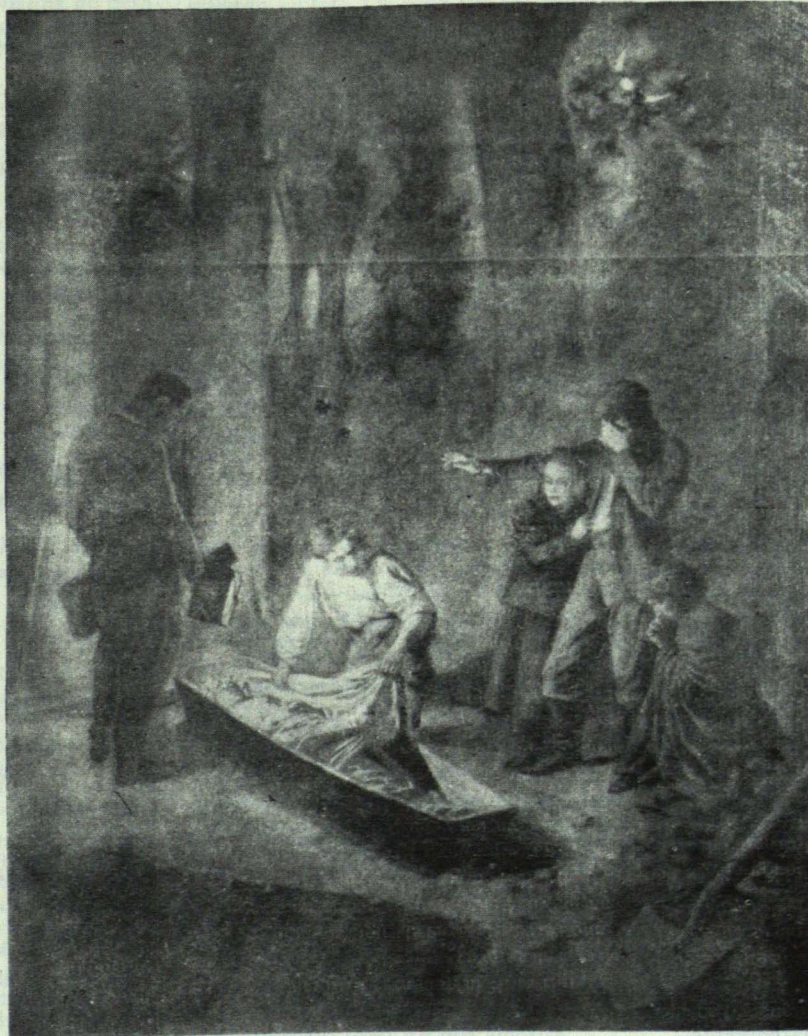
—No, ño Calisto; pero es que estaba comprometio á bailar con la Carmela y ahora ño Simón quiere bailar con ella, pues...

—Si vos habia apalabreo primero á la chiquilla, el Romano se aguantará pa otra vez.

Sacaron á este



EL ÚLTIMO BESO



EL ÚLTIMO ADIOS!

último y se dejó conducir, callado y sombrío. Sentóse en un almud volcado por allí cerca, estrajo la bolsa tabaquera para torcer un cigarro y se puso á fumar, echando el humo á grandes bocanadas.

Pronto lo dejaron solo. El Romano tenía mala fama. Como dos años antes se había ido al norte, á las salitreras, y no sé qué cosas se corrian de unas puñaladas... En fin, que tenía mala fama!

Por eso, algunos se acercaron á Francisco para prevenirlo.

—No te fiei del Romano, ya sabis que nunca se despega el corvo de la cintura.

—Psch! qué me importa! Ya ha probao mis manos él....

Luégo se entendieron de esta rencilla y la fiesta continuó como antes. Tal vez no acabaría antes de la noche, ya próxima.

Pero de repente se produjo afuera un nuevo tumulto. Francisco, de paso por el medio de la gente apiñada á la puerta, con una bandeja destinada á los danzantes, pisó por casualidad al Romano y éste le pegó un bofetón.

La pelea se hizo inevitable. Los dos salieron á cancha, después de quitarse las chaquetas.

Todas las personas de la ramada salieron en un segundo y mientras los hombres hacian círculo, las mujeres gritaban desahoradamente. Sobre todas, Carmela.

—Taita, taitita, apártelos por Dios, que se van á matar!

—Calla, chiquilla, éjalo que se haga a güeno—respondió ño Calisto. Si ya se habían trenzado ¿qué remedio?

Los dos combatientes, con las mangas subidas de la camisa, dejando ver los gruesos músculos tirantes como cordones, debajo de la piel tostada por el trabajo y por el sol, se asestaban feroces puñetazos, sin decir palabra, tanteando un descuido del adversario para golpear con más certeza.

Del corrillo partían algunas voces, animándolos.

—No hay que aflojar, Pancho, por la maire!

—Atrácale, Romano! No le aflojes, ou!

El Romano tenía, sin embargo, la peor parte

De repente, llevándose la mano al vientre, la sacó armada de reluciente corvo con el cual quiso pegar una puñalada a Francisco. Este la esquivó con un salto y temblando de rabia, con los dientes apretados, habló por primera vez.

—Traicionero! con cuchilla y á la mala, nó!

Sin saber cómo, sin darse cuenta él mismo en medio de su cólera, se encontró de pronto corvo en mano.

Alguien les pasó un poncho á cada uno que arrollaron con presteza al brazo izquierdo.

La pelea continuó otra vez, pero ahora la cosa era seria, caramba! Los hombres del corrillo ya no hablaban, contentándose con impedir el paso á las mujeres alaraquentas, deseosas de precipitarse entre los combatientes. Todos serios, anhelantes, en las actitudes más extrañas, miraban ávidamente á los otros dos.

El Romano se puso en guardia de minero: el codo vuelto, las uñas para afuera, el corvo hacia arriba, á la altura del pecho. Francisco en la guardia usual de los huasos: cubierto el busto con la manta y el puñal bajo, á lo largo de la pierna.

Así giraban rabiosamente, uno al rededor del otro, las piernas flexibles, la cabeza estirada, lista la mano y los ojos muy abiertos.

Una voz apagada, balbuceante, gimió al otro lado de la pared de hombres:

—Pancho, Pancho!

Pancho no la oyó. En ese mismo instante el Romano saltaba como un tigre sobre él, con el puñal en alto; se hizo bruscamente á un lado, quitando el cuerpo y le hundió su cuchillo hasta la empuñadura en la barriga. El Romano cayó de espaldas, revolcándose en su sangre, con los ojos vidriosos.

La misma voz de antes volvió á oírse, ahora desgarradora, sollozante, en un grito agudo:

—Ay! por Dios. . . .

El corrillo se deshizo al punto y las mujeres arrastraron hacia la ramada á la Carmela que lloraba amargamente.

Al ruido del llanto, Pancho se serenó otra vez. Con harta pena miró á la pobre Carmela ya perdida para siempre, puesto que tendría que arrancar, después,



DORMIDA!

volviéndose hacia el muerto á quien cubrían con su propia manta, se llevó las manos á la cabeza mientras dos gruesas lágrimas le corrían por la cara y dijo con voz ronca:

—Me he acriminado. . . . puchas si soy bien fatal!

El sol se había escondido ya. El montón de paja tenía tintes de cobre; en el potrero, las yeguas asustadas por el alboroto, levantaban la cabeza poniendo las orejas tiesas, mientras que allá distante, bien lejos, la cresta nevada de la cordillera aparecía de color de sangre. . .

GUILLERMO LABARCA HUBERTSON.

Santiago de Chile, 1902.

PAISAJE

Sobre el lago dormido que semeja el cristal de un espejo veneciano, como á impulsos de Céfiro liviano, la trirreme de múrice se aleja.

Sobre la glauca superficie deja como una cinta de tisú persiano— una estela irisada, que, lejano rayo de luna pálido refleja.

A bordo; la deidad de los amores coronada de pámpanos y flores y sonrientes los labios de escarlata,

Aureöla con un beso apasionado la frente del poeta enamorado que rima una doliente serenata.

MIGUEL G. ORTEGA G.

REDENCIÓN

Llegóse á Adán, de pena enloquecida, la hermosa compañera de su vida, cuando el santo precepto quebrantó, diciéndole:—«¡ Perdóname! . . . ¡ He pecado! . . . ¡ Recházame, si quieres, de tu lado! » . . . Y á sus plantas llorando se postró.

Doblan su tallo las galanas flores, enmudecen los pájaros cantores, se oculta el sol y brama el huracán; tiende la noche su crespón de duelo, todo es guerra y catástrofe en el suelo, y áusorto y grave permanece Adán.

Eva,—abrumada de dolor,—insiste, y con acento cariñoso y triste dice al oído de su amado bien:—«¡ Aunque lo enorme de mi culpa mides, te imploro por piedad que no me olvides! . . . ¡ Partamos juntos del perdido edén! » . . .

Esclavo Adán de la pasión más loca, de su adorada en la celeste boca un ósculo dulcísimo estampó: beso de redención, de eterna alianza, cadena de inefable venturanza que el sacro fuego del pesar fundió.

Tendió el iris su franja de colores, aromaron los cármes de flores, cantó con voz de gloria el ruseñor, las arpas del Empireo resonaron, y mar y tierra y cielo celebraron la radiante apoteosis del amor!

RAFAEL DE LOS RIOS.

LA RAZA LATINA

A ANTONIO HERRERA TORO

Me has pedido el borrador de estos versos alentándome á publicarlos: al hacerlo, permíteme poner tu nombre que tiene las aureolas del poeta y del pintor, junto al mío.

I

Raza de semidioses, favorita
del sol y de la gloria,
que de la aurora á ocaso deja escrita
con magnos hechos su inmortal historia;
la que fue ayer, entre épicos asombros,
el inspirado numen de la guerra,
y, nuevo Atlante, soportó en sus hombros
el abrumante peso de la tierra!

Tú, que del Ideal enamorada
diste al valor espíritu y belleza,
y al brillo unir supiste de la espada,
en los campos de muerte,
del sentimiento la suprema alteza
que te hizo grande, poderosa y fuerte!
Tú, cuyo genio, que de ser se precia
el amado del cielo y de la suerte,
el cetro universal, osado, toma,
con el poder del pensamiento en Grecia
y con el filo de la espada en Roma!

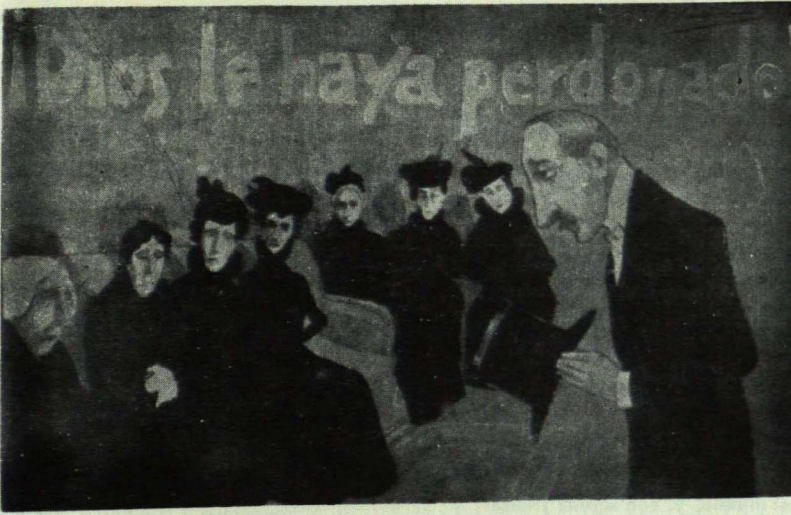
En el naufragio horrendo en que se hunde
cuanto fue honor en los pasados días
y la luz con la sombra se confunde,
y en lúbricas orgías
el Ideal perece;
necesario es luchar, y los preciados,
maravillosos timbres de tu gloria
salvar ilesos; porque mengua fuera
desmentir á los Hados,
avergonzar la historia
cuando áun en tí la humanidad espera!

Recuerda, que, nacida
á escalar cumbres y alcanzar la altura,
de tu origen divino envanecida,
ostentas en tus dones
del corazón y el alma la hermosura
que da esplendor y brillo á las pasiones!
Y recuerda, que, audaz, batalladora,
cuando vestida del arnés de guerra
llamas á heroica lucha,
y cuando del clarín la voz sonora
de cumbre en cumbre resonar se escucha,
ves en sus ejes retemblar la tierra!

Recuerda: de Himalaya hasta Los Andes,
el Escamandro, el Tíber, Tajo y Sena,
y el, vencedor del mar, padre Amazonas,
con altos hechos, con hazafías grandes,
te vieron siempre conquistar coronas;
y, con poder fecundo,
templar las iras del marcial instinto,
ya, si tu espada pueblos encadena,
ya, si das al progreso un nuevo mundo,
y el imperio del sol á Carlos Quinto!!

II

Cuando tendiste, en atrevido ensayo,
tus alas desde el Pindo,
cruzar te vieron, luminoso rayo,
Egipto, Persia, El Indo;
y pensadora ya, por corte llevas,
que tus altos destinos atestigua,



¡DIOS LE HAYA PERDONADO!

El dolor, cuando es hondo, sincero, no tiene más que una expresión: la sublime majestad del silencio. Por eso no comprendo á los poetas que cantan la muerte de los seres queridos, que pueden alternar el dolor con la preocupación de la rima y con la atención de los consonantes; por eso las visitas de pésame son en la mayor parte de los casos materia cómica admirablemente dispuesta.

La habitación donde se recibe ha de estar cuidadosamente preparada: las maderas de los balcones, entornadas; la viuda en el *ángulo obscuro*, y á su lado desplegadas en semicírculo las amigas de la casa. El que entra, como la habitación está casi á oscuras, tropieza en cualquiera de los muebles ó con alguna persona, lo que ya da lugar á un incidente cómico. Después es necesario que haga una minuciosa requisa hasta que llega á descubrir á la viuda, que al verle llora, como siempre que entra cualquiera de los amigos de su difunto. El recién llegado le da dos golpecitos cariñosos en la mano, y generalmente se limita á decir: «¡Vaya, vaya! ¡No somos nada!» ó fingiendo la más candorosa inocencia, preguntando: «¿Pero cómo ha sido eso? ¡Si anteayer estuvo conmigo en el Japonés!» «¡Pues ya ve usted! ¡Un escopetazo!» — dice la viuda suspirando largamente. — «¡Vaya, vaya—dice otra vez el recién llegado;—realmente, no sé para qué nos cuidamos! Sale uno de su casa tan bueno, y no sabe si volverá ó no». «¡Tiene usted razón!» dicen las señoras á coro. Después, el amigo cuenta alguna anécdota del difunto; la viuda sonríe y exclama: «¡La verdad que no sé cómo me río; pero el pobre tenía unas cosas!» Después invitan al recién llegado á que pase á verlo; entra sigilosamente, y después de contemplarle unos momentos, añade: «¡Pobre! ¡Enteramente parece que está dormido!» Ya es sabido que eso se dice de todos los difuntos. Y diciéndole á la viuda: «¡Pues ya sabe usted que estoy aquí para todo lo que usted necesite!» rasgo de protección que cuenta muy poco, se despide añadiendo: «¡No la digo á usted nada! ¡Resignación, resignación, porque hoy unos y mañana otros, hemos de llevar el mismo camino!»

Y se va. Hay otros visitantes fúnebres que entran desde la puerta violentamente, con ademanes de una gran desesperación: «¿Dónde está? ¿dónde está? ¡Quiero verle!» y después de contemplar el cadáver, se vuelven indignados á la viuda para decirle: «¡Pero hay justicia! ¡Morirse un hombre como éste cuando queda en la tierra tanto granuja! ¡Calle usted, señora; en mi casa, hoy no ha comido nadie! La sopa se ha quedado en la mesa sin que ninguno haya querido probarla. Era un hermano... ¡qué! ¡más que un hermano, un padre! ¡qué! ¡más que un padre!» Y luego, dando una tregua al dolor, cogen á la viuda y le dicen: «¡Por supuesto, usted se viene á casa con nosotros! ¡Donde comen cinco, comen seis!» Y si la viuda acepta, á los ocho días ya no saben cómo decirle que se vaya.

En contraposición con este modelo, hay otro amable, persuasivo, dispuesto al heroísmo en silencio; éste se instala en la casa, dispone todo, arregla lo del entierro, ve al marmolista, y á la hora de comer se sienta frente á la viuda para instarla á que coma, diciéndole cariñosamente: «¡Hija, no se abandone usted! ¡Lleve usted tres días sin pegar los ojos y sin tomar alimento! ¡Vamos, coma usted algo! ¿No ve usted que con llorar no se adelanta nada? ¡Si se adelantara algo! ¿No ve usted que se está usted matando?» La viuda acaba por reconocerlo, y va notando que aquel amigo le es necesario para las dos comidas.

Cuando el fallecimiento ocurre después de una enfermedad larga, entonces el sistema es otro. Todo el mundo dice á la viuda: «¡Mire usted, para verle sufrir así, más vale que se lo haya llevado Dios! ¡Así descansará el pobrecito!» A lo que responde: «¡Sí, pero así y todo, un hombre siempre hace falta en una casa!» Otros, más benignos, echan la culpa al médico, diciendo: «¡Yo creo que no le han entendido lo que tenía! Con mi padre también se equivocaron!»

¡Nada, no somos nada! como dice el coro general.

El dolor pasa; la viuda, primero se viste de luto riguroso; después viene el alivio, y después del alivio, otra vez el traje nupcial.

Por más que hay muchas viudas que se alivian desde el primer momento.

LUIS GABALDON.

sabios que, en Memphis, Ecbatana y Tebas,
sacaran del misterio
el sacro germen de la ciencia antigua
de los escombros del Asirio Imperio !

Y luego tras el triunfo y la conquista
que transformando el mundo lo renueva,
bella, graciosa, espiritual, artista
tu gloria, más se eleva :
y, siglos pasan, razas se suceden,
la humanidad hacia la luz avanza,
nada tu gloria á oscurecer alcanza
ni nuevos pueblos emularla pueden ! ;
que Grecia fue revelación, destello
del sublime ideal por que suspira
el alma soñadora ;
la eterna musa que al poeta inspira,
y la que dió la gracia de lo bello
al lienzo, y á la estatua, y á la lira !

Y, cuando luego asoma
de tu genio la estrella al Occidente,
y con su luz corona el Aventino
en el ignoto Lacio,
á dominar el mundo nace Roma,
cuna gloriosa del poder latino !

La ciudad de los épicos anales,
la de origen divino
que al mirar á sus águilas caudales
tender la abierta garra
sobre Africa, la India, Asia y Europa,
del poder bebe el embriagante vino
de sangrientos festines en la copa !

No así con desaliento
la frente inclines al adverso caso,
corona tu valor el pensamiento,
y el pensamiento no conoce ocaso !
Y no virtud heroica, á la que aduna
el alma hidalga generosos dones,
con los que en Isus, en Lepanto, en Jena,
la fama de tus máximos varones
entre aplausos y victores resuena ;
sino una fuerza al corazón extraña,
extraña á la lealtad y la hidalguía,
que inventó el miedo con cobarde saña,
á desafiar audaz se atrevería
las justas iras de la heroica España !

El alud que despeña la montaña,
el volcán que revienta,
fue la fuerza ingloriosa con que pudo,
unida la acechanza al sesgo dolo,
atreverse á golpear sobre tu escudo,
sola en la lid ! y tu heroísmo, solo !

No importa ; que esa herida
no es á tu honor afrenta,
y el águila caudal, jamás vencida,
pliega un instante el ala á la tormenta,
y, luego, más audaz, más atrevida
rompe la negra nube
y, desafiando el rayo, al éter sube !

Alza la frente, sí: tu prole siente
sed de la fama que tu genio alcanza,
y ya, con fe creciente,
á conquistarla avanza
en el hermoso mundo de Occidente,
mundo..... del porvenir y la esperanza !

III

Y mira allí la generosa Francia,
mira á la nueva Atenas,
como se yerguè tras el duelo aciago,
con mayor altivez en su arrogancia,
de las rojas cenizas del estrago ! ;
que si hay un nuevo Breno que demande,
exhaustas ya las venas,
pedazos el acero.
cambiar oro por gloria,
y no encontró un Camilo
que castigara al pérfido extranjero ;
halló á su pueblo én quien el alma grande
mira en sus glorias el mayor tesoro
que, con airada mano,
al mercader villano
arroja al rostro, como afrenta, el oro !

Y luego, aunque impaciente
en cólera se abrasa, la honda herida
oculta al mundo, y, con serena frente
el grito acalla á su dolor profundo,
y más altiva y bella
se levanta á imperar con nueva vida !

Las razas todas al festín convida
del progreso inmortal ; y ve ante ella,
intelectual metrópoli del orbe,
que vienen reyes, pueblos y naciones,
como inmenso oleaje,
á rendir á sus glorias homenaje !

Y, mira al pueblo noble, que, heredero
del imperio del mundo, al sol emula,
y que los lindes de la Patria extiende,
cruzado caballero,
á la morisca Alhambra
y á las tumbas astecas de Cholula !
Aventurero, audaz, enamorado,
que al pie de la alta reja,
ceñida al cinto la invencible espada,
envuelto en el embozo,
al blando són del bandolín entona
espinelas de amor á su adorada !
El que canta y combate,
el que vence y perdona,
é interrumpido el canto
toma el marcial arreo,
y, en la lid, en la junta, en el torneo
de gloria inmarcesible se corona
en Compostela, Córdoba y Lepanto.

Y, abandonada y sola
no está la noble madre : en ambos mundos
su prole, juvenil, fuerte y gallarda,
en sí siente alentar alma española ;
y como herencia guarda
el valor, la osadía
que fueron timbre y prez de sus mayores !
Prole orgullosa, que volverle ansía
la fúlgida aureola,
que, irradiando esplendores,
competir pudo con la luz del día !

Y, fue tu genio altivo,
hercúlea estirpe mía,
el que condujo al héroe lusitano,
de la cruz y la patria al incentivo,
al bárbaro, inclemente
que tuesta ardiente sol, suelo africano !
El que mover en entusiasmo pudo
su audacia aventurera,

y en alarde triunfal y regias pompas,
benedicida su espada por el cielo,
al són marcial de las guerreras trompas,
la cruz por paladión y por bandera,
á caer le llevó sobre su escudo
trocado en ira y duelo
cuanto esperanza de sus sueños era !
El que inspiró el sentido
plectro sublime del divino Herrera,
y dió á su lira en concertada nota
«voz de dolor y canto de gemido !»

Y él fue, también, el que, atrevido, guía
las lusitanas proas
por el trópico ardiente y nieve fría,
por cuanto el mar encierra
y oculta el hondo abismo
en sus distantes, escondidas zonas,
á dar más horizontes á la tierra
movidas por la fe las blancas lonas.

Y mira hacia ese mar de ondas azules,
en donde el bello sol del mediodía,
con viva, alegre luz, llena el espacio
por entre aéreos, transparentes tules.
Allí recibe Atenas
tributos y homenajes todavía,
en tan hermoso, espléndido palacio,
del genio de las artes, que así en ello
su admiración demuestra
á la patria del arte y de lo bello
y del saber á la inmortal maestra !

Allí reposa Italia, que un instante
despierta de su sueño
al grito de las águilas
que en sus montañas anidó el Piamonte ;
y que, si luego la miró triunfante
la augusta Roma en el glorioso empeño,
torna á dormir sin ver el horizonte,
ni del pasado el rudo, torbo ceño !
Y sin temer traiciones del destino
cual ave que, al volar, torna de nuevo
sobre la rama de su nido y canta,
como olvidada de su patrio anhelo
á las almas arroba
con el poder divino
del arte que habla al corazón del cielo.
Mas, en sus sueños vive la esperanza,
que en el secreto de su pecho abriga,
de que, volviendo á despertar la loba,
rompa la extraña, vergonzosa alianza
que la ata con la raza su enemiga !

Y allí la antigua Creta
de la ática grandeza precursora
y de Júpiter cuna,
que dió al Olimpo dioses,
al humano derecho poderío,
y que hoy mudanzas llora
del versátil amor de la fortuna ;
cautiva hermosa del Muslín impío
en sus montañas ásperas conserva
el indomado brío
que nunca al tiempo ni al dolor se enerva,
y que, con fiebre de venganza, el yugo
colérico sacude
miedo y terror poniendo en su verdugo !

IV

Y en esta misma noche de las almas,
en que sólo se encumbran
las ciencias: de lo ignoto

razgan con impiedad el denso velo
y los abismos del misterio alumbran,
á tu fortuna plugo
á este siglo dar voz, en que, en eterna
irradiación de luz, á lo remoto
las grandiosas antítesis de Hugo
los triunfos cuenten de la edad moderna ;
que siempre fuiste tú, privilegiada,
raza del sentimiento y de la idea,
la que en lo azul de lo impalpable alzada
para las almas universos crea !!

El ciego Homero, Dante,
Camoens, Cervantes, Taso
con la pluma y la lira,
han revelado, en su sentir profundo,
á la nostalgia humana que suspira
otro sol, otro cielo y otro mundo !

Mas, tú también sacudes,
por despertar, á pueblos y naciones,
cuando indolentes en pueril desmayo
dan á olvido el deber y las virtudes !
Y cuando de las lágrimas el riego
en el bullente hervir de las pasiones
ves condensarse en tempestuosa nube,
y el trueno abortas y encendiendo el rayo
pones en susto y convulsión la tierra
para que el germen del progreso incube !

Y, así Alejandro, César, Bonaparte
que, volcánicas cumbres de la gloria,
al són vibrante del clarín de guerra
abrieron nuevas sendas á la historia !
y, así, Bolívar, del poder latino
la previsora inspiración entrafía,
que al separar los mundos, su victoria
sólo corona la inmortal hazaña
que puso en hondo, universal arrobo
la tierra entera, y á la invicta España
la gloria dió de completar el globo.

Mas, oh ! madre, perdona
que, con piadoso culto, en mi cariño
unir mi canto quiera
á las joyas que esmaltan tu corona
flores de amor que te guardé de niño !
y hoy que voluble prueba la fortuna,
de toscas razas al innoble reto,
el valor de la estirpe grande y bella
que en los floridos bosques del Himeto
y en los severos mármoles de Roma
origen tuvo y cuna,
movida el alma en entusiasmo santo,
mayor audacia toma
la musa inspiradora de mi canto !

Y espera mi deseo,
que de esta noche oscura
del dolor, de la duda y del delito,
en que el bello ideal las alas pliega
y cuanto noble fue gime proscrito ;
edad de mercaderes,
y en que la humanidad, beoda y ciega,
olvida el alma en lúbricos placeres
y con desdén profundo
con leyes, dogmas y conciencias juega,
que tú, la triunfadora ; tú, que eres
del humano destino amparo y guía,
un nuevo sol levantas sobre el mundo
que entre abismos de luz derrame el día!

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.

EUCARÍSTICA

I

¡Salud, hermana espiga!
El aura te enamora, el sol te ama:
Como la estrella matinal, tu amiga,
Eres pura y brillante flor de llama.

En la noche tranquila
Te baña en perlas el celeste lloro,
Mientras la luna soñolienta hila
Su blanca luz en el trigal de oro.

No temes el solano,
Ni de la escarcha te lastima el frío,
Ni rasga, aleve, roedor gusano
La veste gualda que te diera estío.

Te guarda un ángel. Lleno
Con promesa de amores, á los lampos
Del sol, se hincha tu dorado seno,
Graciosa virgencita de los campos.

¡Oh Rubia, hermosa mía!
Esplende y triunfa bajo el claro cielo,
Pues que de ti saldrá, nueva María,
La carne de Jesús que tanto anhelo.

II

¡Felice, viña hermana!
¡Felice tú que en el asilo cierto
Del convento natal creces lozana,
Gala y amor del bendecido huerto.

Ni el bochorno te daña,
Ni te hiere el pedrisco: si las aves
Liban el néctar que tu seno entraña
Te dan, en cambio, sus conciertos suaves.

Y cuando, al sol tendida,
Te acarician las auras otoñales
Muestras en blando sueño sonreída
Al cielo hermoso tus racimos reales.

¡Oh mil veces dichosa
Cuando, trocada en odorante río,
Corra al altar tu sangre generosa
En curso ¡jay! para el amor tardío!

Entonces cauce de oro
Te formarán los cálices benditos,
Y te hundirás ¡oh dicha! en el que adoro
Divino Mar de senos infinitos.

CARLOS BORGES.

NOVELA POLACA (1)

ANTES DEL ALBA

I

—¿Qué horas son ?
—Las diez dadas.
—No..... porque en este mismo instante oigo
que están dando clara y distintamente.
—Apenas son los ecos, últimos, que se repiten
en los corredores.
—Cuatro,..... cinco!
La lluvia azotaba los cristales de la ventana.
—Oid, poned cuidado. En un instante, *en un
nada*, va á pasar la hora..... Ocho ¡Oh,
hermana ! ¡Cómo retenerla, cómo ! Nueve.....

(1) Hacemos la traducción de esta Novela, obra de uno
de los más notables escritores de la juventud polaca,
como lo es el señor Uladislao Reymont.

Creemos que no aparecerá ni extraño ni exagerado
que demos á la luz este trabajo, porque en verdad, en-
contramos en él una emoción ó sentimiento íntimo, dig-
nos de notarse.

Sin ningún esfuerzo se ve bien, que esa pintura de ago-
nía en la pieza de un hospital, revela una imaginación y
un talento de primer orden.—N. DEL E.

pasa implacable..... ¡Díez! Pasó; ya no exis-
te y ha ido á hundirse en los senos de la eterni-
dad..... Nada puede hacerla regresar..... nada.
¡Cuánto, cuánto la siento !

—Hermana, ¿no tenéis un sentimiento de tris-
teza de estas horas pasadas, quizá, perdidas ?

—¡Todo reposa en las manos de Dios !

—¿No lloráis la muerte de estos hombres, de
estos animales, de estos árboles ?

—«Tú resucitarás en mí», dijo el Señor.

—Como un eco repitió el enfermo: el Señor
lo ha dicho.

—Un cristiano está obligado á creer en esas
palabras.

—Sí, creo;..... pero, me entristece..... agre-
gó como con pesadumbre de ánimo; y los ojos
se le llenaron de lágrimas. Siento en lo más vivo
los años pasados, años que fueron..... repitió
con dulzura, sumergiendo honda mirada en el
crepúsculo que llenaba el cuarto del hospicio.

La blanca toca de la hermana semejaba en la
oscuridad, alas de mariposa; y en aquellas me-
dias-sombras, veíanse sus albas y largas manos,
unidas en la reverente actitud de la oración. Las
cuentas del rosario caían una en pos de otra,
con ruido monótono y singularmente penetrante.

—¡Y todos los que han de pasar, ó de morir,
mejor dicho, hasta el fin de los tiempos!

El enfermo se movió; como si hubiera nota-
do la vigilante y profunda mirada que penetrase
las tinieblas con brillante rayo de luz, y que á
semejanza de un beso de fuego incendiara su
atormentada frente.

A su rededor, el silencio, el silencio de las ho-
ras moribundas. A lo largo de los muros, la in-
movilidad de las sombras á ellos ajustadas, ad-
heridas, y entre las cuales sólo vivían, sólo es-
piaban éstas, que eran miradas de misericordia
y ojos llenos de caridad.

Por una puerta entre-abierta, veíase la sala de
recluidos, que pudiéramos llamar la *via blanca
de tristezas*, envuelta en el trémulo resplandor
de pequeñas lámparas de aceite, que despedían
reflejos de luz pálida sobre el rostro de los enfer-
mos.

—¡Dormirse para no despertarse nunca!.....
¡Dormirse!.....

Pero el sueño no venía. El enfermo abría los
ojos; paseaba sus miradas de un punto á otro;
poníalas sobre la toca de la hermana, sobre sus
manos plegadas en oración, y deteníanse allí.....
errantes y vagando entre los enfermos, numero-
sos y tristes.

Oía su respiración, sus gemidos, los latidos
de su corazón, los alientos de una agonía impla-
cable, aquellos *gritos mudos* de los ojos semi-
apagados, y las voces de los peligros..... Con
horrible y doloroso ritmo resonaban en su cora-
zón, y henchíanlo con sufrimiento indecible.

Parecía después que pasaba entre todos esos
cuerpos-andrajos, esas almas-despojos, esas
miserias lagrimosas..... en un desierto inmenso
en el que sólo vivían los ecos de quejidos expi-
rantes.

—Y los pesares muertos.....

—Y las esperanzas sepultadas.....

—Y todo el humano sufrimiento.....

—¡Huir! ¡Huir!—gritaban el terror y el es-
panto. Asaltóle el dolor de nuevo; lo arrancó de



La Inocencia atraída por los Amores y seguida por el Arrepentimiento. Cuadro de J. B. Greuze

la nada, lo mantuvo suspendido sobre un abismo y hundió agudísimo dardo en su sér, desgarrándole las entrañas con sus ardientes garras.

—¡Hermana! ¡Hermana mía!

No; no podía ni lanzar ese grito, ni moverse. Pedía socorro con ojos hechos sangre; gritaba aterrado, desesperado, moría entre tormentos; y ella, en profunda contemplación, estaba enteramente entregada á la plegaria íntima, clavados los ojos en la faz del Cristo, que habían colocado en la pared.

Sentía que se moría, y que sólo había un momento.... Oscila sobre los límites de la nada.... rueda hacia el abismo..... y en él desaparece. ¡Sí! es ella; es la muerte la que atraviesa la sala; es ella con los velos largos, tejidos con rayos de luz extinta, y el sombrío mirar de las aguas muertas! Abismo sin fondo, espantoso abismo!.... Adelante; se inclina sobre los lechos de moribundos, y pasa con sonrisa de poder y triunfo..... No se ven labios ni rostro: vése sólo ese sonreír odioso que se ostenta como transparentado, sobre las frentes de los que ya van á sucumbir. Llenando íntegramente el hospital y retorciéndose entre las sombras, es semejante aquella sonrisa, en la densidad de las tinieblas, á un relámpago de condenación, á una luz *esqueletosa* que penetra hasta lo íntimo del corazón, estallando allí en mil dardos agudos, espantosos.....

—¡La muerte! No, no! gritó como enloquecido, saltando sobre la cama.

A poco, volvió en sí: todo había desaparecido. La religiosa volvió á ponerlo en su lecho,

tal como antes estaba, y le dió la poción.

Pasó el ataque, después de dejarlo en la más grande inercia, es decir, como en el fondo del olvido. Solo, paseando una mirada escrutadora por entre los objetos que lo rodeaban, adheriase á la realidad; y semejante al náufrago que desaparece y reaparece sobre las olas, tomaba con desesperación la más pequeña brizna de esperanza. No creía en su existencia misma; é ignorando en donde se encontraba, suponíase vivir, quizá, en el más allá, en el supremo desconocido. Sus pensamientos, enloquecidos por el terror de la muerte, se revolvían en un torbellino de visiones pavorosas; y como torrente que recayese con estrépito, alzábanse gigantes, lo sumergían, lo oprimían, y sepultábanlo en un espanto cada vez más doloroso.

—¿Existo, acaso? preguntábase á las veces. Y luego, el cuadro del hospital y de la religiosa, y los muebles, y todo aquello, surgía sobre el oleaje de sus pensamientos, tristes y confusos, y apenas si bastaban á detener la avalancha de ideas que constantemente lo dominaban.

—Hermana, dijo con timidez, en la seguridad de que sólo el silencio le respondería. Mas, en el acto, en el instante estuvo ella en la cabecera de la cama.

Considerábala él como fantasma tétrico de su imaginación, algo así como la sombra de sus pensamientos y deseos.

—Todavía está oscuro, ¿no es verdad? Todavía es de noche, murmuró quedo, como si algo temiera.

—Voy á suspender la lámpara.

El enfermo tembló como un azogado. Había oído con toda claridad y distinción. La voz que resonó en el cuarto, era voz del mundo exterior, esto es: una voz viva, y de un sér que estaba inmediato.... Abstraído en un largo silencio, gozaba de la.... certidumbre de vivir.

—¿He dormido?

—Muy profundamente.

No cabía la más pequeña duda. Era ella la que hablaba.—Sí; era aquella voz suave, tierna, armoniosa la que en él difundía el delicioso calor de la existencia.

—¿Qué horas son?

—Las once.

—He dormido una hora completa. Gracias....

Ahora siento que existo, siento que....

La hermana alzó un poco la lámpara que esparció viva y dulce luz: inundóse el cuarto, aclaráronse los objetos más pequeños y reflejóse brillante en los cobres de los adornos de la cama. Avivaba esta luz los colores del *bouquet* que habían colocado cerca al enfermo, á la vez que, dando relieve á los contornos, probaba ó demostraba á sus miradas recelosas y escudriñadoras, la verdad tal como era.

Al darle la religiosa el remedio, tomóle él las manos y las llenó de besos, en un transporte de rara y ambicionada felicidad.

—¡No he muerto, hermana! ¡Vivo! ¡Vivo!

Retiró ella las manos, y fuese al fondo del cuarto, para allí disimular mejor su impresión extraña mezclada con lágrimas de placer, lágrimas de satisfacción.

Sintióse bien el enfermo; calmó el dolor, ven-



ALEJANDRO Y BUCÉFALO. — Cuadro de F. Schommer

cido al peso de inmensa dicha, quedando sólo en la memoria, donde habíase refugiado y donde, acaso, acechaba.... Con indecible júbilo movió el enfermo la cabeza, estiró las piernas, y llegó hasta aderezarse los cabellos. Podía andar sin molestia ni esfuerzo; y tal estado de relativa mejoría imperó tanto en él, y comunicóle tanta infantil é indolente alegría, que principió á silbar un valse, después quiso cantar, hablar, y ¡cómo decirlo! quería hasta pelear.

—¿Por qué está tan silenciosa? ¿Por qué no me habla? se preguntaba el enfermo; y con tan larga y penetrante mirada fijaba á la hermana, que, sin que ella misma lo no-

tara, se le subieron á la cara los colores.

—¿Sabéis, hermana, que me siento tan bien, que entre pocos días pienso irme del hospital?

Por un momento levantó la hermana la cabeza; pero pudo él, no obstante, sorprender y adueñarse de su mirada, llena de amargo temor y tristeza profunda.

Sintió el enfermo que la cólera lo dominaba. Pero ella llora sin decir nada; ¿por qué no le habla?

—¿Por qué no me habláis, hermana? ¿Por qué no me miráis?

—Estoy rezando.

—Sois para mí más necesaria que para Dios.

—¿Os sentís mejor?

—Oh! sí, completamente! Pero había momentos tan horribles, que yo creía....

—Nada sucederá sin la voluntad del Señor! No ha querido Dios llamaros á su seno; y gracias á El, no habéis muerto sin confesión.

.....Justo es que le rindamos gracias por ese dulce beneficio.

—¿Por qué medio? preguntó el enfermo con voz desfalleciente.

—Yendo al tribunal de la confesión. Y ya veréis como pronto queda vencida la enferme-

dad, y fortificaréis vuestra alma por la gracia.

—No, no..... ¿ A qué conduce la confesión ? Confesarse, y después, como todos y como siempre, morirse..... No, yo quiero vivir. No me habléis de Dios. No me atormentéis..... No tengo necesidad ni de perdón ni de misericordia. Quiero vivir, quiero la vida, y eso es lo que vuestro cuento cruel no podrá darme. No; puesto que vuestro Dios es el dios del mal, de tinieblas, de enfermedades, de desgracias, ése no es el dios de los vivos!..... Doquiera están el sufrimiento y el martirio, allí lo lleváis para rematar la víctima. Oídme bien, hermana. Lo odio por todos los mártires del mundo: maldígolo por todas las lágrimas humanas!

Sí; aun cuando hubiera yo de desaparecer toda la vida, maldígolo siempre lo mismo.

Vociferaba, gritaba aquel enfermo, excitado hasta perder el conocimiento, sin desprender los ojos de las dos pomas de cobre que adornaban la cama, á semejanza de dos cúpulas; y gritaba y maldecía, sin cesar, á más y mejor.

—¡Dulce Jesús! ¡Callaos! ¡Por Dios, callaos!

Despavorida, como loca, apretaba ella con ambas manos los labios del enfermo para impedirle que blasfemara; pero mordiólas él tan reciamente, que fue lanzando un grito de dolor intenso, como pudo la infeliz salvar sus manos, y prorrumpir al caer arrodillada:

—¡O mi Dios de infinita misericordia!

O, Señor de amor, ó Dios de la Bondad!

Oye mi ruego!

Oye la voz suplicante de mi alma, y perdónalo.

Perdónalo, Dios mío, que es el dolor lo que así extravía su espíritu!

O mi Dios, santo é inmortal! Por las lágrimas del corazón; por el amor ardiente, con dolor y humildad clamo á Tí: Perdónalo! Ten misericordia de él.

Invocábalo con voz temblorosa y profunda. Caían las lágrimas de sus admirables ojos, como perlas desensartadas una á una, y brillaba la fisonomía con la más grande expresión, ó mejor dicho, en el más completo éxtasis de amor, de súplica, de desesperación y temor. Temblaba de cabeza á pies. Estremecida por el huracán del terror, ponía,—en fuerza de sus trasportes,— el alma pura á las plantas del Señor, y por la sangre de su corazón; mendigaba para el enfermo, la infinita misericordia de Dios.

Aquel hombre quedó mudo: quedó petrificado.

Así inmóvil, extático, diremos, fijaba sus miradas penetrantes en la cara de la religiosa. Esa voz enteramente llorosa, le comunicaba fuego, poder, dicha. Las lágrimas de desesperación que por él derramaba, y el grito férvido de una alma creyente, eran para él como nueva atmósfera que lo envolviera en lo desconocido. Voluptuoso calor se extendía por todo el cuerpo y precipitaba los latidos del corazón. Nada comprendía: no oía nada; sólo miraba el rostro admirable de la hermana, y lo besaba con sus ojos.

—Yo no soy digno de que rueguen por mí, exclamó él con dificultad. En un momento dado, bronca respiración salió de su pecho. El deseo, deslumbrador y odioso le estrechaba la garganta,

ahogaba la voz, y conmovía todo su sér de modo tan violento, que no tenía tendencias sino para lo reprobable y punible.

La religiosa volvió á su antiguo puesto; y de nuevo las cuentas del rosario volvieron á caer unas sobre otras, en el silencio del cuarto. Sus ojos, ojos de tristeza, de angustia vigilante, y henchidos de lágrimas,—no secas todavía,— otra vez también caían convertidas en besos, sobre el rostro del enfermo..... ó iban á perderse en las profundidades del horizonte, es decir: en el alba. Pero, no otra cosa se veía que la noche silenciosa, los indecisos contornos de los árboles temblando de frío y ahogados en densa oscuridad; y siniestros y misteriosos murmullos de tinieblas.....

—Hermana, sois admirablemente bella, dijo, incorporándose sobre las almohadas. No lo dudéis; de una belleza ideal. Presiento que bajo ese hábito horrible hay encantos... los veo, sí, los veo.

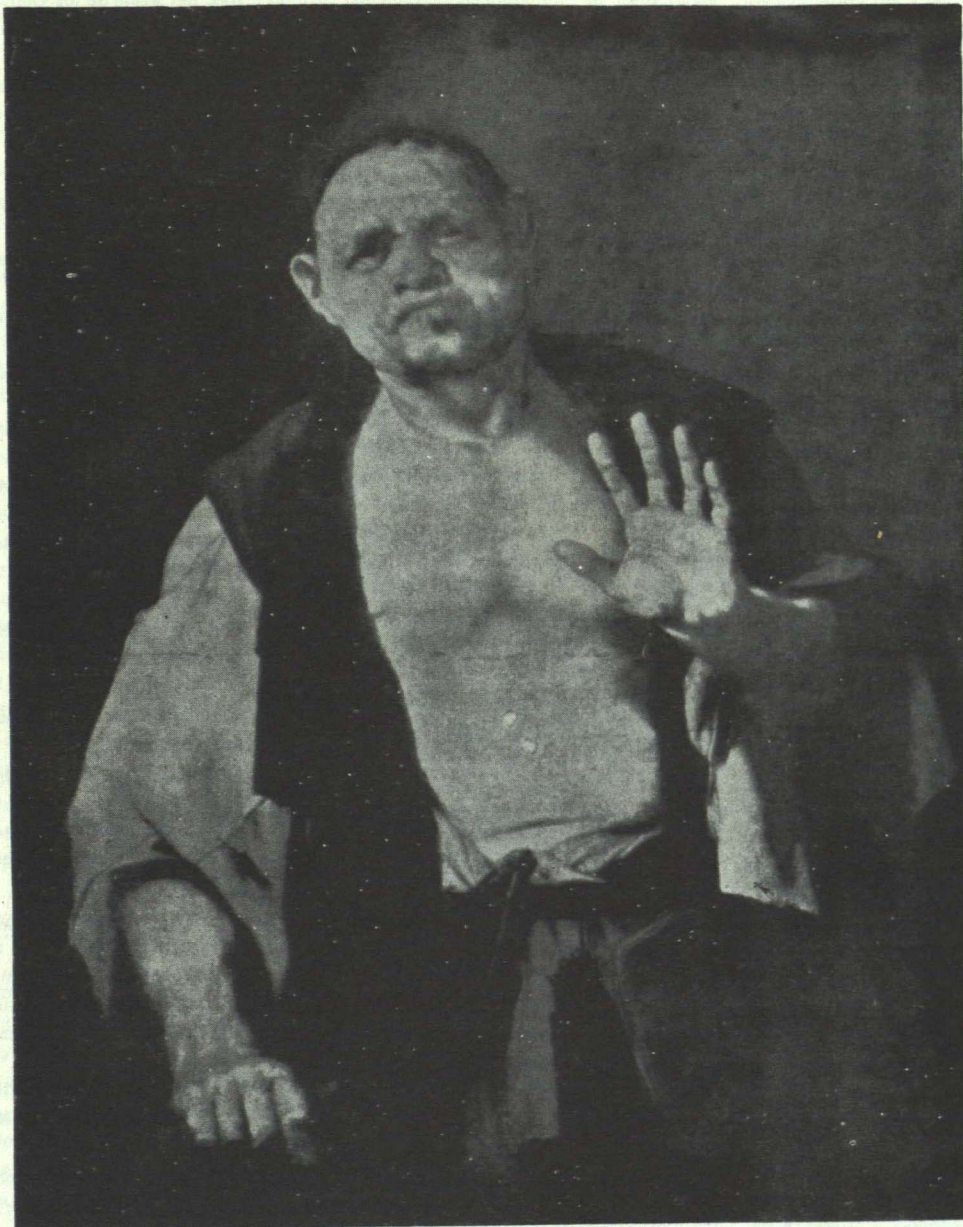
No pudo continuar: faltóle otra vez la voz.

Dejó la hermana su asiento; bajó la lámpara y fué á sentarse lo más posible, lejos de él.

Hace tres años, en París..... éramos unos callaveras, y teníamos una especie de orgía. Había mujeres..... bellezas..... Una de ellas, Marieta, muy parecida á vos, parecidísima, hermana..... Y luego, el infierno, la locura, el olvido..... la epilepsia de la voluptuosidad, el océano del desenfreno..... el vértigo impetuoso de los sentidos desencadenados!.....



LA FRAGILIDAD DE LA VIDA. — Por T. Libaert



OBRERO DEL ESPAÑOLETE

La religiosa salió cerrando tras sí la puerta. Nada notó el enfermo, pero la fiebre invadió el cerebro como una ola roja, sangrienta. Bajó aquel hombre á las profundidades de sí mismo— al rededor del inmenso desierto..... Su espíritu relajado é impúdico presentaba y rechazaba con automacia, involuntariamente cuadros en que cada uno excedía al otro en lo deforme y horrible; los detalles más repugnantes, todas las ignominias de su vida, y de su imaginación, todas las fealdades..... Repentinamente calló. Espació sus miradas huecas..... cuando compungido y espasmático llanto parecía oírse tras la puerta.

—Ella llora; pero, ¿por qué, por qué?

Y sintió que este llanto pesaba sobre él como inmenso fardo: sintió que cada lágrima, como gota de plomo derretido recorría su sér y penetraba en el corazón como un torrente de fuego, de fuego calcinador.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!..... Un pesar tremendo hundió espinoso dardo en su alma, y la hería hasta hacerla sucumbir entre penas y amargura. El se amodorraba en un dormitar atormentado de visiones, de quimeras tan horripilantes, que saltaba bruscamente, daba gritos de mortal espanto, tendía los brazos implorando socorro, y recaía por la centésima vez en los brazos odiosos de un semi-sueño agitado, en las estrangulaciones del tormento.

La bebida medicinal, por una parte, y las manos de la hermana que le enjugaron el rostro, por otra, lo volvieron en sí.

—¿Sois vos, hermana?

Inclinóse para acomodar los almohadones. Corrían las lágrimas por sus mejillas como transparentes hilos de agua; y sus labios, semejantes á pétalos de rosas, temblaban.

—¿Qué horas son?

—Las doce.

—¡Las doce! Media-noche. Mi última hora avanza.

—Todo está entre las manos del Señor,

Moriré al venir el alba, dijo él; y díjolo tan pronto y con tan aguda voz, que ella, al verlo, dejó caer el rosario, sin haberlo sentido.

—Bien, muy bien..... al venir el alba..... yo iré, decía dulcemente, con acento muy reposado, tal así como si respondiera á llamamientos que viniesen de las profundidades de la noche..... del más allá.....

—Yo iré, murmuraba tan paso, que casi no se le oía; y ante su alma, inquieta, descubriáse los inmensos horizontes, los infinitos espacios de la eternidad..... Es allí donde comienza á despuntar el alba; es allí donde el alba viste de púrpura; y allí, donde corre una multitud de sombras incomprensibles.....

..... Ahí tenéis todos aquellos conocidos de

antiguo, hoy desconocidos; ahí tenéis los suyos, ahora extraños..... tan cerca, y sin embargo, tan lejos. Ahí tenéis aquellos que jamás ha visto; presentido, jamás tampoco, ni nunca; nunca soñado con ellos..... Océanos muertos, árboles, flores, animales, confundíanse en una infinidad de lamentos que corrían por todos los caminos del Universo, por todas las vías de las estrellas, por todos los delirios del pensamiento.....

Levantaban ellos hacia el alba sus ojos tostados por las lágrimas, y marchaban en el mortal silencio de la espera, en el silencio del misterio.....

Y el dulce soplo de su aflicción caía sobre sus frentes, como viento que quema.....

.....y lloraban las almas de las flores marchitas.

.....y lloraban las almas de los árboles tronchados.

.....y lloraban las almas de los animales sacrificados.

.....y lloraban las almas de las ondas secas.

.....y lloraban las almas de los recién-nacidos prematuramente muertos.

.....y lloraban las almas de las estrellas extintas.

.....y lloraban las almas de todas las cosas.

.....y la muerte misma, también lloraba, auxiliando el canto salvaje, el canto réprobo de maldición, el maldecido canto de haberse rebelado contra El.

Empero, siempre seguían ellos el camino del implacable destino por los vórtices del horror, por el terrible desierto del espanto, por el lúgubre torbellino de los astros convertidos en pavezas, por torrentes de soles que agonizan..... Soles de un verde pavoroso, que, chocándose entre sí, convertíanse en lluvia de meteoros sangrientos, semejantes á las ponderosas lágrimas del Universo—cadáver; lágrimas que se estrellaran á través de las tinieblas, en el fondo insondable del infinito..... hasta en el alba..... hasta en el corazón.

.....
—Ya llevo, ya llevo, gritaba; é inerte, y llenos los ojos de ilimitada resignación, seguía aquella oleada interminable..... aquella multitud que pasaba por su espíritu en procesión terrible; que caía sobre su corazón como ondas del océano, y resonaba en su alma como el grito de todos los seres que peligraran. Balanceábase en la inmensidad; y ora se elevaba, ora bajaba, caía de nuevo, irrevocablemente, en el tormento de la agonía. Al fin, vencido por el peso de su cadáver que hacía ya tantos años lo dominaba, situábase en las extremidades de la vida, como el cangrejo, fuera del reflejo de las olas. Tambalearse, sin caer; expirando—sin poder morir;—ni cadáver, ni vivo; un espectro más bien que un hombre; silueta pálida de la existencia, ó mejor, fosforescencia de elementos fermenticios.

Sabía que se moría en el hospital; que todavía vivía; y esta emanación de la realidad que lo rodeaba,—muros, salas, camas, resplandor de lámparas, religiosas, etc.,—proyectaba sombra dolorosa y dura sobre sus sentimientos, lo retenía en sus garras y le obstruía el paso para unirse á la visión y desaparecer con ella.....

Gracias á un supremo esfuerzo de la volun-

tad, el enfermo se despertó; las visiones se esfumaban en lontananzas brumosas, y con voz tan penetrante como débil entonó el cántico:

«*Aquel que bajo la protección divina se coloca.....*»

Automáticamente, las insondables células de su cerebro rechazaron ese canto que escuchó en la infancia; pero ya reanimado por el sonido de su propia voz, adquirió el completo dominio de las facultades.

II

—¿Qué hora es?

La una.

¿Dista mucho el alba todavía?

—Sí, mucho.

—Es seguro que al venir el alba moriré.—Nada me salvará..... nada, lo sé! ¿Por qué ven los árboles de ese modo las ventanas?

—No, señor; es el viento que los mece.

—No, nó..... me están velando: me miran..... saben que..... ¿Qué hay?

Largo y doliente grito partió el silencio; y por mucho tiempo, aquellos sus ecos, repercutían como si tropezaran unos contra otros, sobre las silenciosas paredes del hospital.....

Salió la religiosa muy ligero, pero al punto regresó. Con la mano indicaba el enfermo á la hermana, el techo, y con la vista decíale claramente:

Yo sé que el enfermo del primer piso ha muerto. Yo lo sabía.....

—No, no hay tal, decía la hermana; y negaba tímidamente, velando el rostro entre la sombra que le prestaba la toca.

Sonrió el hospiciano con singular dulzura. Yo también moriré: moriré al venir el alba. Moviéronse sus labios, pero nada pronunciaron. Oía detrás de las ventanas el silencio, lleno de ligeros cuchicheos de árboles, de sutiles estremecimientos de la noche, y algunos inciertos pasos que se perdían.....

—¿Está andando alguien en el patio, hermana?

—No, nadie.

—Sin embargo, la muerte no es un sueño eterno, nó, dijo con voz alta, sentándose en la cama. No podemos, no puede el hombre reconocer la causa de todas las cosas, y tenerla á un mismo tiempo como absurda. Las muelas de molino nos sirven de símbolo de nuestra vida, ¿no es cierto, hermana?

Sí, sí.....

—Hermana, ¿habéis vivido antes de ahora? Volvió ella el rostro, y lo miró con piedad.

—Pienso que hay muchas almas que llegan demasiado pronto á este mundo. Me hacen la ilusión de las flores que engañan las primeras horas tibias de marzo..... Sepultará la nieve los botones á medio-abrir..... Quizá puedan ellos soportarla, y de nuevo se abrirán en la positiva primavera, en la otra vida; pero la mayor parte quedará helada eternamente, antes de que llegue á saber, siquiera, que vivían..... ¿No es así, hermana?

—Sí, sí.

Una paz dichosa lo colmaba con indecibles sensaciones.

No sufría ya ni del cuerpo, ni del espíritu, ni del alma. Sentía algo semejante á la muelle im-

posibilidad de un lago, abrigado por las montañas, del azote de los vientos. Tranquilidad como la de las aguas estancadas, sometidas á invariable reposo: aguas que no son muertas ni dormidas, sino impotentes hasta en el fondo de su sér, y que bajan invisible y lentamente á una misteriosa profundidad.

El conocimiento del recluso se contraía y disminuía de manera no apreciable; y tan sólo algunos pensamientos é ideas de las cosas se presentaban á su memoria, como el delirio de un paranoico.

No había en su corazón más que dulzura; la dulzura del sol de octubre y de los alefés hendidados por el frío—dulzura del sacrificio de las lágrimas.....

—Tenía ganas de pasearme por el cuarto, ¿qué os parece?

Vino á ayudarlo la hermana á levantarse. Púsole la bata de lanilla; y sosteniéndolo con brazo firme, lo conducía lentamente y con una atención muy delicada.

—.....Uno..... dos..... ahora el pie izquierdo..... adelante. Bien; vamos, vamos muy bien.... tenemos fuerzas.

—Ah, no! Ya yo no tengo fuerzas..... Iré á sentarme en la silla de extensión que está junto á la ventana.....

Allí lo instaló la religiosa con amable solitud.

Por largo rato permaneció con la mirada fija en la noche, sin pensamiento ninguno, hasta que al fin murmuró:

—Ya es tiempo, hermana; positivamente ya es tiempo. Al decir así, arrancó algunas flores del *bouquet*; y con profunda complacencia, deshojando entre los labios sus pintados pétalos, aspiraba á plenos pulmones su embriagador perfume.

—Estos son los ojos del misterio. Los niños tienen miradas semejantes, y á las veces, los muertos también.

Volvióse hacia la ventana, contemplando la noche por mucho tiempo, con mirada escudriñadora.

El ruido funesto y húmedo del viento, cantaba himnos de tristeza entre los árboles mecidos é inclinados..... y arriba, muy arriba, apenas visibles, pasaban las nubes como sombrías pesadillas de enfermo.

—¿Está muy lejos todavía el alba?

—Mucho, mucho.

—¿Lloráis, hermana?

—Estoy rezando, no más.

—Orar, es la pregunta del alma atormentada que le dice al infinito: ¿Existes?

—No, no..... Es la súplica del corazón, como: «Oyeme, Señor.»

Nada le respondió, porque un recuerdo incierto, confuso, como *inaclarado*, surgió de lo íntimo de su corazón en dulces y melancólicas formas, mas, cuando pudo él fijar este recuerdo, un mar de llanto empapó su rostro enflaquecido.

—¿Lloráis? ¿Tenéis el dolor en el costado?

—Es el pesar..... el antiguo pesar que tanto me hace padecer.....

Sacó todo el dinero que tenía en el porta-monedas, y dijo entre apesadumbrado tímido:

—Tengo que hacer os un encargo, hermana....

Levantó ella los ojos.

--Hay tantos niños pobres, continuó; niños miserables, abandonados á quienes nadie cuida ni quiere..... Hermana, ¿no habéis encontrado nunca, infelices como estos?

--¡Como nó! Y por desgracia muchos hay!

--Aquí tenéis dinero que ya para nada me ha de servir. Tomadlo, hermana, y comprad juguetes para esos niños..... ¿Sabéis? Sables, caballitos..... muñecas..... carritos, pelotas, etc. Muy bien sé que jamás han tenido esos desgraciados á nadie que se los dé. Lo haréis, hermana, ¿no es así? Os lo ruego con toda mi alma.

--Lo haré, respondió, con voz entre-cortada por el llanto.

--Yo conozco mucho eso, pues..... no tuve nunca juguetes..... Me despidió del mundo sin dolor por nada; sólo siento una cosa: y es que en mi infancia, no tuve nunca á nadie que me regalara un solo juguete..... Por muchos años estuve soñando con una espadita de hoja-lata, ó un caballito alazán, de columpio. Tras esas cosas suspiré por mucho tiempo, y mucho lloré por ellas..... Si á mi vida la han inundado las lágrimas, la causa quizá ha sido la privación de las rientes memorias de la infancia.

No pudo continuar, porque cortó sus palabras el venir de la oscuridad, el sonido sordo, pero inequívoco, de lejano reloj.

--¿Qué horas son?

--Las dos.

--Se aclara la noche y el alba adelanta, ¿no lo creéis?

--Me parece siempre muy oscuro, ó por lo menos, no encuentro la diferencia, replico ella.

Y ambos quedaron en silencio.

Contemplaba la hermana la cara adolorida y martirizada del Cristo, y él, fijó la oscuridad como sondándola atentamente.

Grupos de árboles monstruosamente deformes; contornos de casas á penas presentidas, mostrábase entre los ponderosos velos de las sombras.

Faltaba mucho para venir el alba; pero sus primeras tintas, no distinguidas, penetraban ya en las tinieblas; deslizábanse entre las nubes inmóviles y amontonadas, y rodeábanlas de cierta pálida y debilísima claridad.

--.....Y os reiréis con ellos, hermana, volvió á decir, clavando la mirada en la religiosa— con amable sonrisa, de esas que parecen un poco de luz del sol de los cielos. Es menester amar los niños, acariciarlos, estrecharlos, mirarlos..... No viven sino de amor..... ¿Los besaréis?

--Todo, todo lo cumpliré.

--Nadie me amó á mí nunca, exclamó muy paso.

--.....Me molesta tánto la luz, murmuró cerrando los ojos.

La religiosa bajó la lámpara con un movimiento tan nervioso, que la luz se apagó.

Quedaron ambos ahogados en las tinieblas.



Cecilia Sorel, artista francesa del Teatro del Odeon

Cayó la hermana de rodillas, y él, en un sueño apacible y profundo.

.....
Despertándose por momentos, mirando con ojo de avizor por la ventana, haciendo á ratos, gestos inútiles; sin comprender nada, miraba á los senos de la noche, cada vez y por instantes más clara, como queriendo elevarse á un estado superior, como esforzándose en pensar, en acordarse de algo, en formar como de presente en esa extremidad separadora y cortante de la vida, pero resbalaba siempre impelido por el implacable destino, y..... sumergiase nuevamente en el olvido de su sueño.

.....
Vino al fin la luz, á cada instante más clara, más viva.

Es el alba!

¡Silencio! ¡Silencio!

Venga el descanso para los que han estado en la fatiga y el esfuerzo; cierre el sueño los ojos de los que velan, y caiga el olvido como bálsamo que tranquiliza sobre los corazones que sufren.

Las aves, ministras de la muerte, dan el sueño con el soplo suave, suavísimo de sus alas.....

Despertad á los muertos, pues la hora implacable, espantosa, llega ya.

Y que los vivos duerman, fortificados por la ignorancia de la muerte.

El alba llega, pero es para los que esperan:

--El rescate de los dolores.

--La beatitud de la resurrección.

--Y la vida dichosa en el Señor.

.....
Aclaró el día completamente.

Su ardiente luz llenó de brillante polvo los espacios tenebrosos, los árboles dando cabezadas de sueño, los abrazos de las briznas de yerba, las flores con sus ojos medio-abiertos, el agua bajo brumoso velo..... y la inclinada cabeza, triste é inmóvil del enfermo.

Súbitamente se levantó, miró la encendida profundidad del alba, y exclamó:

--¡El alba! ¡El alba!

Y así como se desploma el árbol, partido por el hacha, así cayó el hospiciario en los brazos de la amable religiosa.

LA CONCIENCIA

—
Traducción libre de "La Conscience"
de Victor Hugo.

La tribu de Caín cruza la tierra
en confusión que aterra.
El cadáver de Abel junto á un torrente
atrás deja el hermano fratricida.

En su espantosa huída
tras sí los pasos de su hermano siente.

Las pardas nubes por el ancho cielo
como tupido velo
cerraron el confín del horizonte.

A la cárdena luz iluminado,
lívido y desgrefiado,
llega huyendo Caín al pie de un monte.

Por la fatiga y el dolor rendidos,
en la tierra tendidos,
todos duermen; Caín tan sólo vela,
y oye el rodar del viento en la montaña,
y en confusión extraña
rumor escucha que su sangre hiela.

Vencido de terror cayo de hinojos,
y asido á los abrojos
que el monte en la ladera recios tiene,
en la sombra los ojos siempre fijos:
—Vamos decía, hijos
llevadme por piedad, mi hermano viene.—

Y las nevadas cumbres traspasaron,
y los valles dejaron,
y á triste playa llegan á la hora
en que el sol en las olas sumergía
con solemne apatía
su roja faz fecunda y creadora.

—No hay más allá—gritó la tribu errante;
y Caín palpitante
—No hay más allá—repite consternado:
el pueblo fugitivo y errabundo
al término del mundo,
no del dolor, había al fin llegado.

Las tiendas fijan en estéril roca
que al fiero mar provoca,
y al tenderse Caín sobre las pieles,
que lecho son del bárbaro asesino,
en el flotante lino
ve dos ojos mirándole crueles.

—Cubrid la tienda—exclama el desdichado,
y cuelgan de aquel lado
pesada piel del vendaval segura.
Rubia y rosada cual la misma aurora.
Zillah encantadora
al abuelo pregunta con dulzura:

—¿Siguen los ojos en la sombra fría?—
y Caín respondía
con voz ahogada en pasmos de delirio,
que el terror y el espanto acrecentaban:
—Los ojos que miraban,
miran aún causando mi martirio.—

Jubal, el capitán de los guerreros
atrevidos y fieros,
ordena levantar ciclópeo muro
de bronce sobre base de granito;
pero Caín maldito
ni aun tras de tal barrera está seguro.

Henoch, que ve temblar al viejo abuelo,
exclama:—En este suelo
hemos de construir pronto una villa
tan sólida, que el rayo y la centella
no han de sentirse en ella.—
—Empezadla—rogó la dulce Zillah.

Y con rudo trabajo y con afanes
dignos de los titanes
levantan la ciudad; son sus murallas
montes de piedra que el metal ha unido,
de tal suerte tejido,
cual de gigantes apretadas mallas.

Tubalcaín por montes y por llanos
caza seres humanos,
tiernos niños y cándidas doncellas
á los cuales abrasa las pupilas;
y en las noches tranquilas
quiere cegar con dardos las estrellas.

En el dintel de la ferrada puerta,
que nunca estará abierta,
grabaron con eternos caracteres:
«Los hijos de Caín, alzan la inmensa
ciudad, en su defensa,
contra el más poderoso de los seres.»

Ya la enorme ciudad triste y sombría
alzada se veía.

Las sombras de sus torres como mantos
los solitarios campos alfombraban;
los dos ojos miraban
con fijeza á Caín y él entre espantos:

—Hijos, gritaba, hundidme en lo profundo—
y, horadaron el mundo
sus hijos, y una cripta construyeron,
y vivo en ella al padre sepultaron;
cuando la losa echaron
los nietos de Caín se estremecieron.

—Los ojos ¡ay! me miran todavía—
en la cripta se oía;
—¿ha de ser de mi alma eternamente
esta mirada la cruel tortura?
En la caverna oscura
los ojos le miraban fijamente.

MANUEL F. VILLEGAS.

PAISAJE DEL CREPÚSCULO

—
A PEDRO MEDINA RUIZ.

El crepúsculo agoniza;
y en la vasta lejanía,
exuberante y sombría
reina la tinte cobriza.

La postrera luz rojiza
que al morir el sol envía,
tiñe de melancolía
la cordillera plomiza.

Y del lejano horizonte
hunde la cresta el monte
con aspecto señorial,

Surge gallarda, altanera
la luna, que por la esfera
luce un globo de cristal!

R. BENAVIDES PONCE.

A UNA DESCONOCIDA

I

Quiero un verso de luz, un verso puro,
un verso musical, leve, sin ruido,
tan suave cual la huella de una lágrima,
tan dulce como el eco de un gemido.

Quiero un verso ideal, que en el oído
suspire con amor, se aleje y muera,
un verso de la selva, semejante
á ráfaga fugaz de primavera.

Quiero un verso sedoso como una ala,
un verso bello y rubio como el oro,
para cantarlo en una noche blanca
bajo el balcón de la mujer que adoro.

II

Siempre te busco y te deseo siempre,
siempre tu imagen en mis sueños flota,
y vibra tu lenguaje en mis oídos
como en dulce laúd vibra la nota.

Más de una vez tus ojos con mis ojos
en un beso de luz se han confundido;
y mi alma, prisionera de los tuyos,
cual blanca mariposa te ha seguido.

No extrañes si te sigo y si te busco;
para calmar la fiebre que me aqueja,
beso en la suave brisa que te baña
el puro aroma que tu aliento deja.

III

La inmensa adoración que te profeso
tu instinto de mujer no lo presumo;
te conozco en el roce cuando pasas,
te conozco en la voz y en el perfume.

Cuando vienes, erguida y majestuosa,
en mi afán amoroso te presento:
me lo dice la luz con sus reflejos,
con sus rumores me lo dice el viento.

Por eso cada vez que te diviso,
como un saludo á tu gentil belleza
se escapa un ¡ay! del corazón, que leve
el puro armiño de tu frente besa.

IV

Anoche te soñé!... Era la siesta,
la voluptuosa siesta del estío,
y á la orilla del mar, allá en el bosque,
estábamos los dos, ídolo mío.

Bajo el follaje verde y perfumado,
tu belleza triunfal resplandecía,
tu pálida belleza de alabastro,
bañada por la luz del claro día.

Fatigada y feliz, cerró tus ojos
la embriaguez amorosa del letargo;
busqué tu boca y la besé con ansia,
con un beso de amor íntimo y largo.

V

Vengo á ofrecerte con la frente altiva
el fiel tributo de mi amor eterno:
con tu cariño escalaré la altura,
sin tu cariño rodaré al infierno.

No es tímida afición ni torpe anhelo
el hondo fuego que mi pecho abrasa:
mi amor es un torrente desbordado
que azota los obstáculos... y pasa!

No temas!... que el turbión de mi cariño
que á sus empujes no conoce valla,
será si tú lo quieres, cual la ola
que va á besar con timidez la playa!

A. MAURET CAAMAÑO.

Valparaíso—Chile.

CROQUIS DE AFRICA

SI VINIESE EL LEÓN?.....

Eran las cinco de la tarde. Yo estaba á caballo desde las cuatro de la mañana, y la vista de una fresca corriente torrencial, entre los bancos de arena y los guijarros, me hizo sonreír como al encuentro de un amigo. Olvidaba que había tomado la delantera á la caravana por seguir una bandada de monos cuyas pieles me tentaban. Sobre la playa de arena hice un pequeño montón con mi casco, mis polainas, mis zapatos de cacería y mis vestidos de kaki. Sobre todo esto coloqué mi fusil, atravesado cuidadosamente, y, bajo la mirada oblicua del sol poniente, entré en el agua.

Era preciso asirse á algunas raices para no ser arrastrado, por la fuerza de la corriente. Recibía su arroyo sobre las espaldas, en un alhago de espasmo que era una voluptuosidad. Olvidé los monos, el cansancio de la jornada, la esperanza de la próxima comida. Todo yo no era sino carne contenta de sentirse bajo una ducha helada.

Desde el ribazo que acababa de abandonar me llamó una voz. Era mi querido amigo Carette, el cazador amado de Dios y de los Issas. Su fisonomía y su voz eran severas:

—¿Qué vais á hacer?

—Ya lo veis: á bañarme....

—Ni lo penséis!

—Ah! ¿escandalizo á los vecinos?

Y le mostraba los cinocéfalos, que fuera del alcance de nuestras balas, circulaban por las crestas de las rocas.

Pero mi camarada continuó con seriedad:

—Nadie os cuida.... estáis á cincuenta metros de vuestro fusil.... ¿Qué haríais si viniese el león?

—¿El león?....

—Sí, el león.... En este mismo punto, á esta misma hora, hace seis meses, la gente de Leontieff han encontrado dos y muerto uno.... No estáis, por cierto, en casa de Bidel, en donde los leones son caballeros bien educados que dan la pata.

Y en tanto que, medio descreído, medio avergonzado, tal como un caminante á quien sorprendiesen los guardas rurales en flagrante delito de natación y de atentado á la decencia, me calé mis vestidos de kaki, mientras Carette continuaba:

—Cuando estéis en Addis-Ababa, veréis que el Emperador tiene una guardia particular compuesta de hombres cubiertos, á manera de casco, con las crines del león. Los han matado ellos mismos. Cuando alguna campaña los reune, son cerca de mil quinientos. Y, ya sabéis, en Abisinia no hay fábricas clandestinas de crines artificiales!....

Algunas semanas más tarde, en Berbera, recibí la visita de un somali que goza de gran renombre á lo largo de la costa del Océano Indico. Había ido á proponerme una cacería en el interior. Me había mostrado las trazas terribles de las garras que le habían bordado las espaldas y los costados. Aún hoy, aquel semi-dios de bronce desdeña el uso de los fusiles. Va hacia el león á usanza antigua, esto es, provisto de una lanza y un escudo de cuero de hipopótamo.

Va recto á la fiera; se encuclilla para recibir el choque; en el momento de éste, levanta el escudo y se cubre con él la cabeza y el pecho; esgrime la lanza por debajo, y la hunde en el pecho del felino.

Es inútil agregar que este cazador es un Hércules. Afirma, sin embargo, que en ese duelo puede más maña que fuerza y que es totalmente útil la presencia de ánimo.

—Un niño de diez y seis años, que no se asustase, tendría todas las probabilidades de vencer al león.

Mi experiencia de las cosas que á leones se refieren, me dice que en la generalidad de los casos la fiera evita al hombre.

No es sanguinario como el leopardo, que mata por matar, porque una congestión de cólera le perturba el juicio á la vista del enemigo. No es tampoco un batallador. Consciente de su prodigiosa fuerza, es sereno. Es un cazador; un aficionado de las bellas persecuciones que sirven de aperitivo. No es, ciertamente, para comer del ciervo por lo que el hombre lo persigue durante todo un día á caballo, tras una jauría. La simple *course* es un goce que compensa todas las fatigas. En el caso mencionado, ni siquiera se toca la cacería; la dicha está en luchar con ella en astucia y en resistencia; es una fuerza que se mide con otra fuerza y que goza —cruelmente, sin duda—de sentir cómo disminuyen las ventajas del adversario y aumentan las ventajías.

¿Cuánto he caminado sobre las huellas del león, que cruzan las nuestras! Páreceme, en verdad, que he recibido sus confidencias como montero apasionado, que ha acabado por entregarme no solamente los métodos de su experiencia, sino las causas de su placer. No querría, para cuando haya de regresar á Africa, que me acusase de haber abusado de nuestra intimidación, de haber confiado al público lo que hace cuando se cree solo. En este asunto declino de antemano toda responsabilidad moral.

Durante las horas lentas en que el sol, entre su orto y su ocaso, incendia las malezas y las dunas, el león duerme. Su piel tiene el tono de la tierra, de lo cual no se fia, sin embargo, cuando la luz resplandece para disimularse en un pliegue del terreno. El fondo de la espesura, el más guardado por espinas, aquel hasta donde no se puede llegar sin ruido, sin apartar las ramas cuyo rumor llega hasta sus oídos, es, durante ese largo meridiano, la alcoba favorita.

La fiera se despierta con ese estremecimiento de frescor que pasa sobre la tierra en el minuto preciso en que el sol desaparece en el horizonte. Los miembros se estiran, los ojos pestañean, y no se abren cuan grandes son sino en las profundas tinieblas. Las densas verduras no están nunca distantes del agua. Allí va á beber el león. La frescura del torrente lo acaba de despertar. Es frecuente que en ese momento ruja. Se diría, en el gran silencio, un suspiro que se escapa por alguna hendidura de la tierra, un gemido de ciclope en el respiradero de su prisión.

La primera vez que se le oye ocurre la pregunta:

—¿Es la hora de su caza?.... Por qué delata así su presencia y pone sus presas en fuga?....

Es justamente lo que quiere. Ruge como toca su cuerno el picador. Sabe que los antilopes, ya agazapados en la espesura, van á saltar sobre sus nerviosas patas. Inmediatamente sentirá sus cálidos efluvios, oirá los mil ruidos de su fuga. Jamás sorprende á su presa en su guarida: es un sport más que una comida lo que anhela.

Cuando, llamado por ese rugido, corréis hacia él, os sorprenderá al principio observar que el rey de la cacería no os ha aguardado. Ya está lejos; va venteadando. Ha rugido hacia el Este; aguardad. Al cabo de un cuarto de hora se oirá un nuevo bramido: ha pasado al Norte. ¿Os huye? No, porque el viento no va hacia él. Ha pasado al Norte y pronto estará hacia el Oeste; luégo al Mediodía. Es su costumbre. Sea en redor del agua en donde ha bebido, sea en torno de su espinosa alcoba, describe, antes de lanzarse en su persecución, un círculo casi perfecto. ¿Qué significa, para el intrépido caminante, un diámetro de una legua? Es conveniente, antes de proceder, elegir la cacería, el plato de la tarde. Su fantasía va de un apostadero á otro, de una á otra carne.

Los que marchamos sobre sus pasos, vemos que se ha detenido cada vez que en su trayecto circular ha encontrado huellas, huyendo en todas direcciones, como los rayos de la rueda que dibuja su pase. No vacila largo tiempo, porque su olfato es seguro, y aun tentado, es fiel á sus principios. No es bien tomar de la lista el primer servicio que se ofrezca antes de leer toda la carta. De resto, el león lo sabe bien: sus jarretes son los más sólidos de todos, su pecho el más profundo, si es que la partida debe concluir en una lucha de velocidad: la victoria quedará por él.

Cierra, pues, en paz su círculo de orientación. Posee todos los datos. ¿Sobre qué pista va á arrojar?

Hay tardes en que le place caer como el rayo sobre un rebaño de inocentes gacelas. Su espanto carneril las arroja unas contra otras. Se dificultan el camino, se atropellan para huir. El salto de plano que da el soberano de las selvas, le permite caer, con las cuatro patas abiertas, á derecha é izquierda de un solo golpe.

Hay tardes en que se lanza tras el galope de la zebra, salta detrás de ella las barrancas, los ánditos de mimosas, funde la distancia bajo sus patas, devora la pista con sus saltos.

Hay tardes de cólera en que prefiere la lucha y sus riesgos. Entonces se lanza sobre las huellas del oryx. Este no le huirá jadeante: una brusca resolución lo hará volverse y esperarlo sobre el terreno que él mismo elige para el duelo. De pronto el león verá ante sí la cara trágica de esa bestia de apocalipsis, unicornio de máscara de arlequin, armado para los asaltos sin merced. Durante algunos segundos se contemplarán, antes de estrellarse uno contra otro para vencer ó morir.

Los museos de armería no poseen espadas tan desmesuradas, tan mortíferas como los cuernos del oryx. Los peines de hierro de que se sirven los verdugos para rayar las carnes de los ajusticiados no tienen dientes tan encorvados ni tan agudos como las garras del león. La partida es soberbia, porque es igual. El vencedor tiene apenas el tiem-

po justo para triunfar. La mitad de las veces muere de sus heridas.

El león sabe que es preciso aliar la astucia á la fuerza. Le agrada sorprender al oryx antes de que se ponga en guardia. El evento de unos zarzales que lo oculten, alguna arena que le permita acercarse á paso de terciopelo, son sus cómplices. Conserva la calma, á pesar de su embriaguez. Los que vamos sobre sus huellas seguimos durante un cuarto de hora su marcha boca abajo. Jadea; abre las garras como manos; ahoga hasta asfixiarse el rugido de deseo que le infla el pecho y le sube á la garganta. Por fin, llega á buena distancia. Salta. Caen sobre el crucero y le corta la carótida antes de que la cabeza heráldica tenga tiempo de removerse en el dolor y de hundirse, de revés, hasta las espaldas las puntas del par de espadas.

La agonía ha sido corta y sin sobresaltos de defensa. Conforme á su costumbre, el vencedor no toca la carne. Bebe, hasta agotarla, la fuente de sangre que ha hecho correr. Bebe hasta la embriaguez vacilante. Y luégo, ebrio de sangre y de gloria, va en busca de un lecho.

Va á dormir hasta el primer albor de la aurora; ahora pesado, repleto, sin sueño, expuesto él mismo á la sorpresa, si el bosque abrigase un sér más fuerte, si los ojos del hombre fuesen, como los suyos, barrenas de luz que dispasen las tinieblas al clavarse en ellas.

Como la sangre es salada, á la hora de despertar tendrá sed. Se levantará é irá á beber al raudal más próximo. Luégo, volverá á acostarse.

¡Volveremos á verlo!

Para ello se necesitan dos condiciones cuya coincidencia es rara:

Que la aurora se levante tras las espaldas del cazador,—que la brisa de la mañana sople detrás del león.

HUGUES LE ROUX.

SUETOS EDITORIALES

VENEZOLANOS EN CUBA

En nuestro artículo del número anterior, relativo á la contestación ya conocida del señor Secretario General del Excmo. señor Presidente de la República de Cuba, citamos solamente los venezolanos que por aquel momento recordamos como acreedores al reconocimiento de la actual Nación, por sus servicios y esfuerzos en favor de la independencia y la libertad de la Grande Antilla.

Complementamos ahora aquella cita, dando la nómina total de nuestros compatriotas combatientes en los campos de batalla de Cuba.

Condenados á muerte y ejecutados: General Narciso López (de Caracas), general José María Aurrecochea Irigoyen (idem), Cristóbal Acosta (idem), Cristóbal Mendoza (idem), Ignacio Rovero (de Maracaibo).

Muertos en los combates: Amadeo Manuítz (de Chaguaramas), Tomás Mendoza (de Caracas), Celso Urquiola (de Guanare), Ignacio Guerra (de Maracaibo), Enrique Aurrecochea Irigoyen (de Caracas), Manuel Salazar (de Valencia), Andrés Vicente Carbajal (de Guanare), N. Barboza (de Guacara).

Condenados á presidio: Pedro Manuel López (de Barcelona).

Muerto en la campaña: Salomé Hernández (de Calabozo).

Deportado de Cuba: Coronel Ramón Domínguez Blanco (de Caracas).

Combatientes que pudieron salir ileso de Cuba: José Miguel Barreto (de Maturin). Condenado á muerte, fue absuelto y libre por amnistía con motivo de las bodas de Alfonso XII.—Manuel María Garrido (del Yaracuy), Federico Ramírez (de Maracaibo), Eustaquio Páez (de Valencia), Domingo Monagas Ceballos.

DUELO

SEÑORA ISABEL ACHELPOHL DE URBANEJA

La carga abrumadora de los años, las penalidades de una larga vida solicitada por los reclamos de los más fatigantes deberes de madre y cabeza de un hogar, y la crueldad de una afección tenaz, cuyos progresos no fueron poderosos á contener la Ciencia y la ternura, en diaria lucha y perpetuos desvelos, han arrebatado de entre nosotros la venerable existencia de la señora ACHELPOHL DE URBANEJA, madre de nuestros apreciados amigos el doctor Alejandro Urbaneja y Luis M. Urbaneja Achelpohl, hermana del señor doctor Manuel Clemente Urbaneja, á todos los cuales enviamos nuestro sentido pésame, haciéndolo extensivo á su distinguida familia.

LUISA AMELIA CASTILLO

Como un dón—pasajero, oh! dolor—de belleza, de juventud y de gracias, el Cielo la había puesto un día sobre la tierra, para bendecir un hogar, para cantar promesas á la vida.... Y el hogar ha sido súbitamente enlutado por el vuelo inesperado de esa alma dulce y armoniosa de virgen; y la vida ha sido amargamente burlada por la cesación repentina de ese himno de candor y de belleza!... ¿Hasta cuándo, Dolor! tejes tus mortajas con los pétalos impolutos que arrancas despiadado de nuestros jardines de esperanza?

Con íntima sinceridad acompañamos á la familia Castillo en su indecible aflicción.

"AGENCIA PUMAR"

Desde el día 1º del corriente mes ha comenzado á circular en gran formato, nutrido de interesante lectura y conteniendo el antiguo boletín de noticias universales, de que es fundador nuestro apreciado amigo don Carlos Pumar, un nuevo diario, con el título de estas líneas, dirigido por los señores Carlos y Fernando Pumar.

Hacemos sinceros votos por la prosperidad y larga vida del colega, correspondiendo al saludo que dirige á la prensa.

El boletín de la Agencia continúa, como de costumbre, distribuyéndose al público durante el día.

DOS ANGELES

A su patria celestial, á la blanca patria de la inocencia, han ido también en estos días las almas tiernas y puras de las niñas MARÍA TERESA ALAMO y LEONOR USTÁRIZ, hijas, respectivamente, de los señores doctor Angel Alamo Herrera y Luis Ustáriz, á quienes acompañamos en su dolor.

CENTRO ARTÍSTICO

El 23 del mes pasado se instaló esta Sociedad, con el objeto de propender al fomento y progreso de las Bellas Artes, dando cohesión á los elementos que se

encuentran en esta capital. La Dirección la forman los señores Eduardo Borges S. (dedicado á la pintura), Pablo Boffil (idem idem), Heriberto Bárbara (dedicado á la escultura), Angel Cabré (escultor), Lorenzo González C. (dedicado á la escultura), Francisco Sánchez R. (id. á la pintura), Luis Alejandro Aguilar (id. á la escultura).

Hacemos votos porque tengan una satisfactoria y feliz realización los propósitos de los nuevos asociados.

ANIVERSARIO PERIODÍSTICO

El día primero de los corrientes cumplió dos años de existencia el diario político de esta capital, *El Constitucional*. Con este motivo, enviamos nuestras felicitaciones á su Director y Redactor, señor Gumersindo Rivas.

GENERAL CALIXTO ESCALANTE

También ha dejado de existir, víctima de una violenta enfermedad, este apreciable caballero, hombre público que ejerció durante la presente Administración cargos importantes, entre otros, la Administración de la Aduana de La Guaira y la Gobernación del Distrito Federal, en los cuales supo conquistar merecidas simpatías.

A sus deudos presentamos nuestra sincera condolencia.

PÉSAME

Se ha abierto una nueva fosa, para recibir los despojos mortales de la señora JULIA NAVARRO DE MAGDALENO, madre de nuestro apreciado amigo el profesor Francisco de Paula Magdaleno, á quien enviamos nuestro sentido pésame.

DEFUNCION

Ha fallecido en esta capital la señora MANUELA GIL DE BORGES, habiéndose verificado sus exequias el día 2 de este mes.

A su familia y demás deudos, en especial á nuestro estimado amigo Gregorio Suárez, presentamos la expresión de nuestra condolencia.

LIBROS RECIBIDOS

Historia abreviada de la Literatura Hebrea.—Una nueva obra de nuestro distinguido colaborador, académico y hombre de letras, señor don Marco-Antonio Saluzzo, quien nos ha remitido un ejemplar que agradecemos. Contiene, como lo advierte en un prólogo el señor doctor don Juan de Dios Méndez, «consideraciones generales sobre la lengua hebrea y sus propiedades para la expresión de los sentimientos vivos en la forma poética, presentada bajo varias facetas la literatura hebrea que atesora el Antiguo Testamento.»

Ciro B. Ceballos.—EN TURANIA.—México, 1902.—El título sugestivo, la efigie del autor, de rasgos inteligentes, un oportuno epigrafe de D'Annunzio, *¡Defended la belleza!* dan del libro una favorable impresión de quien trae entre manos los asuntos que contienen sus páginas y de que sabe mover, con honor y con gallardía, el cálamó á que guardan reverencias los que merecen portarlo como atributo armorial.

EN TURANIA son bocetos de intelectuales mejicanos, camaradas la mayor parte de la buena fama continental. El autor ha ido á verlos, desde su solar nativo, á conocerlos y á decirnoslos. América joven le será grata por este bien.

SONETOS.—José Antonio Rivera I.—México.—Vive, canta y espera el joven poeta, que desde la benemérita patria azteca envía su salve entusiasta a los caballeros de la Quimera, que guían las líricas cruzadas del ideal por todos los senderos del hemisferio colombiano.

PRONTUARIO.—El señor Francisco Soublotte ha publicado un *Prontuario del Calculador de derechos de importación*, y ha tenido la bondad de obsequiarnos un ejemplar.

Quedamos cordialmente reconocidos por el obsequio de los nuevos libros.

OBITO

En estos días hemos tenido que lamentar las sensibles defunciones de la apreciable señora MARÍA TERESA HERRERA DE FERNÁNDEZ, perteneciente á las honorables familias Herrera Vegas y Fernandez Silva, á quienes enviamos nuestra condolencia; y del Reverendo FRAY TOMÁS DE VELLIZA, á cuyos hermanos de Orden expresamos nuestro pesar.

ANTONIA OLIMPIA CORDOVÉS

Los días 6, 7 y 8 del presente mes se verificaron, en la Escuela Normal de Mujeres de esta capital, los exámenes para optar al grado de Profesora presentó la señorita Antonia Olimpia Cordovés, actos para los cuales fuimos cortesmente invitados.

Al aplaudir estos triunfos de la constancia y del estudio, enviamos nuestras felicitaciones á la señorita graduada y á sus señores padres.

NUESTROS GRABADOS

Escuela Veneciana

La *Virgen cosiendo*, cuya reproducción ha ceu actualmente las Revistas de arte, forma entre las maravillosas obras que Roma ha podido conservar de sus mejores días de gloria.

Sábase que en la agitada vida de la ciudad cesárea y pontificia, cada episodio de sus grandes y terribles luchas, la ha dejado, tras de los horrores inexpressables de las matanzas y del pillaje, estragos irremediables en sus más bellas preseas artísticas, la ruina de sus monumentos, la desolación de sus galerías, el saqueo de sus museos y la desaparición, la compra ó el hurto de las obras maestras de sus escultores y de sus pintores.

Los magnates, los dignatarios, los poderes de Roma han venido defendiéndola de los efectos y consecuencias de las invasiones que han penetrado, ebrias é implacables, por sus puertas vencidas ó por las brechas de sus muros asaltados. Desde el Papa Pío II, que expide un edicto para conservar á la Ciudad Eterna *in sua dignitate et splendore*, hasta los conservadores de la Galería Nacional Romana, propietaria hoy de este ejemplar maestro de la famosa escuela de Venecia, la brega ha sido incesante y puede calificarse de victoriosa, al tomar en cuenta el alto valor histórico y artístico de las obras salvadas ó recuperadas.

El postrer adió

.....Merecía que, creyente á cuyas plantas caía despedazado el ídolo de su alma, solo ícono de su vida, en su desesperación y en la locura del dolor, levantase todavía la mortaja que arropaba sus restos adorados, esperando de la eterna misericordia el milagro de los días de Betania..... Era menester levantar una y otra vez, y siempre, el velo cruel, para verla alejarse por el camino infinito del misterio, hasta que desapareciese tras sus nieblas empiresas!.....

La maestra de escuela

Este *Fragonard* pertenece á la colección Wallace y es el menos discutido de los grandes cuadros del siglo diez y ocho, que dejó en París el gran pintor á quien el criterio artístico de la época, al aplaudir la admirable maestría y la fidelidad de expresión que comunicaba á sus creaciones, tachaba de una tendencia pronunciadamente realista, que llegó á ser calificada—como manifestación revolucionaria—hasta de licenciosa, por los que aún se adherían á los métodos y escuelas imperantes.

Mascarada china

No será aventurado consignar que la escena y los personajes pueden tener cierto mérito real y resaltante para quienes puedan diferenciar las *nuances* de gestos y expresiones de los peregrinos hijos del Celeste Imperio. Pero es innegable que para ojos occidentales, bien poco distintas de las que habitualmente les atribuimos, y conocemos por los ejemplares sin máscara que nos visitan, son las muecas y extravagancias fisiológicas de los remotos discípulos de Confucio. Imaginariamente, todo ese inmenso imperio que desde el Mar Amarillo viene á asomarse hasta los límites orientales de Europa, tiene para nosotros, los *bellos* descendientes de la raza caucásica, el bullicioso aspecto de un delicioso enredo carnavalesco de coletas y techos corvos, bordados de campanillas.

Del Tiziano

Propáganse hoy también, por medio de las más cuidadosas reproducciones, las propiedades artísticas de la famosa Galería Borghese, á la cual pertenece el cuadro de Tiziano que damos en copia, y que es de la época en que más renombre había adquirido el autor de la *Magdalena*, llamado por su genio y por sus obras, el *vero fradel de la naturaleza* y de quien su maestro Rossi escribía que «fue concebido pintor.»

Proponémosos exornar nuestras columnas con la reproducción de las obras que mayor celebridad histórica han alcanzado y hacia las cuales hay actualmente un gran movimiento de propaganda en la Europa artística.

De mi nuevo pretendiente

La «bella mitad» humana no le estará, sin duda, muy agradecida á este artista indiscreto y maligno, que rehabilita sus fueros de «feo y fuerte» atisbando, sorprendiendo y copiando los gestos y expresiones con los cuales se venga tan cruelmente de nuestras pretensiones el *sexo débil*. Esa risueña actitud, ese movimiento y esas sonrisas, bien dejan adivinar que las eternas peripecias del arte diabólico de humillar conquistadores, van á ser repetidas á merecida costa del nuevo *pretendiente*, en desquite del anterior burlado y para enseñanza de presuntuosos.

Obrero

Pertenece hoy á la Galería Nacional Romana. Es una de las más notables obras del Españolito, valiosa propiedad de la célebre Galería Orsini.

Obra de rasgos vigorosos y enérgicos, conserva aún el brillante colorido de sus mejores días.

La fragilidad de la vida

Es un alarde de la hiriente ironía de Lybaert. Joven, plena de vigor, de salud y de belleza, una amable superstición, gemela de la que duerme en el cáliz de las margaritas, le acaba de prometer largos días de alegre dicha, tantos como los pistilos de oro que vuelan desde el aromoso copo de un áureo botón de somnolaria. En tanto que la Muerte, disimulada entre el ramaje que decora el fondo, tiende hacia ella su mano descarnada.

Alejandro y Bucéfalo

El maravilloso prestigio de que está rodeada la vida del Macedonio, ha encontrado en el pincel de Schommer una magnífica concreción sintética, al concebir y realizar el cuadro que mejor puede expresar los rasgos de soberbia virilidad del conquistador.

Engendrado por reyes que se atribuyen un origen divino, concebido entre las alucinaciones de una visión milagrosa, nacido la misma noche que Erostrato, grita su nombre á la tradición, discípulo de Leónidas, pupilo de Lisímaco, discípulo de Aristóteles, vencedor, con su padre, en Queronea, jefe de los más rudos Generales del mundo griego, es justamente el bello y esbelto atleta, blanco, rubio y majestuoso, el que ha imaginado el artista, sometiendo al indomable y fogoso Bucéfalo, más digno para él, sin duda, que los gladiadores del Olimpo, de los que decía: «de buena gana iría á sus juegos, si supiese que había de encontrar reyes por rivales,» y más apreciable quizá que la fastuosa generosidad de Darío, de quien rehusa el presente de una hija, dotada con treinta millones, diez mil talentos y el dominio del Asia Menor, en cambio de la paz del imperio persa.

La inocencia atraída por los Amores y seguida del arrepentimiento

La emperatriz Catalina de Rusia encargó á Greuze este lienzo, dándole como asunto «algún triunfo de Himeneo.»

Del pincel del grande artista brotó toda esa poblada de movimiento, de color y de opulenta decoración, en la que predominan los rasgos de una virgen vestida á la antigua, blandiendo una antorcha encendida atraída por Cupido y rodeada de Amorcillos que la acosan, en tanto que trata de detenerla una mujer suplicante, que ha descendido las gradas de un templo antiguo, de alto pórtico.

El cuadro pertenece actualmente á la colección del Barón Schlichting.

Dormida!

Cuando el dios sutil de las quimeras y los ensueños posa sus alas sedefias sobre los párpados de las vírgenes, las almas que en su puro vaso se contienen se ausentan y ascienden á los países misteriosos, en donde reciben los secretos que asoman á sus pupilas y florecen en sus labios, para ejercer el piadoso encargo de iluminar con las miradas el camino de las redenciones y murmurar las promesas de la venturanza.

Es sagrado el sueño de las vírgenes; ellas viajan en él al país de los misterios; silenciosa é invariable como un santuario es la alcoba de las almas ausentes, cuyo vaso queda custodiando el dios sedefio y sutil.

Invasión de los Bárbaros

El cuadro de Louvet es un retazo del estrechito siglo quinto: allá van, desde el fondo de Sarmacia, desde los hielos de Escandinavia y de las selvas de Germania, las hordas devastadoras en cuyo seno revuelto caben todos los pueblos implacables: téticos hunnos y acátziros, alanos y gelones, hérulos y ostrogodos, gépidos y vándalos. Frente al mundo romano, á la cabeza de la turba pavorosa y asoladora tras la cual no quedan sino desiertos, ATILA, *flagellum Dei*: «La estrella cae, la tierra tiembla: yo soy el martillo del mundo.» Y ante los muros que delinean el máximo recinto del Imperio, el espantoso hegemón kalmuco puede repetir: *Ved esos pájaros blancos: habitantes de Aquileya, prevén lo futuro y abandonan una ciudad que va á perecer.*

Muerte de la princesa Karakanowa

El pintor Flowitzki se ha inspirado en el terrible episodio de la espantosa historia de las intemperancias del despotismo moscovita. Cuando en 1879 acontecía en Peters-

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento ACETILENO

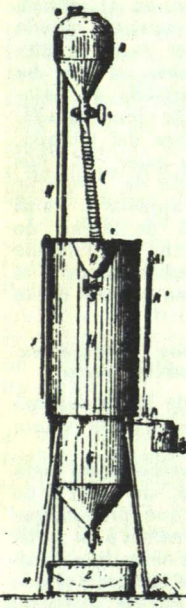
APARATOS sistema Roversi
Carburo de calcio de \$ 7 a \$ 12 el quintal de 100 libras, según condiciones.
Quemadores, Bunsen Hornillas, Lámparas, Tuberias y accesorios de todas clases, instalaciones completas.

EL IDEAL a calda de carburo en el agua. PRIVILEGIO NUM. 161

Departamento MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos

Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Más de 30 son los aparatos colocados. Carga de k 1 a k 50 - Valor: de \$ 15 a \$ 250.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela - Ministro de España - General Bello - Faro de Puerto Cabello - Dr. Conde Flores - Dr. Lacavalente - Ing. M. Pérez - Hotel León de Oro - Familia Rodríguez - Tipografía Vidal - Marmolería Roversi - Panadería Solís - General Quintero - Dr. Rivero Saldívar - Montemayor, etc.

EXAMINENSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr GULLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, o Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Biliis y las Flamas.

Deposito General, Dr Paul GAGE Hijo, 1^{ra} de 1^{er} cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

DEL DR GULLIE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO **SOLUCION TITULADA**

Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la 3^{ra} de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^o, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

SOLUCION PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO más eficaces las TOSAS RECIENTES Y ANTIGUAS las BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRIDUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO **TRATAMIENTO Complementario del ASMA**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Eritis, Tuberculosis.

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero

Contra las **ENFERMEDADES NERVIOSAS**

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las **CÁPSULAS DEL DR CLIN** al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS y en las Farmacias.

PREP. S. F. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

LAIT ANTÉPHELIQUE

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candés

pura ó mesclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TIE ASOLEADA SARPULLIDOS, VEX BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES

Mata y conserva el cutis limpio y terso

PARIS - 10, Rue de Valenciennes

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

GOTA

FFEA

LICOR

DEL DR. LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOS

burgo la trágica escena que heló la sangre en las venas de la Europa liberal, Castelar fue el cronista eminente que la trasmitió a la prensa del mundo en estas líneas: «Era una joven y hermosísima princesa de sangre imperial, a quien todo el mundo creía vástago de la familia de Pedro el Grande, y designaba, naturalmente, en las eventualidades de lo porvenir, con méritos y derechos para subir al trono de su raza. Próvida mano la había apartado de Petersburgo y conducido, para preservarla del puñal ó del veneno, a Roma, en cuyos museos añadió a las dotes naturales de su prestantia personal y de su ingenio nativo, la cultura artística, que tanto esmalta toda inteligencia..... Dejándola en aquel retiro, quizás hu-

bera pasado tranquila vida y tenido un esposo que la diera con su amor la paz del alma y la ventura del hogar. Pero Catalina, en su ambición y en su soberbia, no toleraba ninguna amenaza a la posesión de su trono, y concibió una idea digna de su imperial conciencia. Mandó uno de sus gentiles-hombres más hermosos y apuestos a Roma, con expreso encargo de enamorarla y traerla a Petersburgo en las redes de este fingido amor. A los pocos meses el matrimonio de la Princesa y el Chambelán se verificaba en la embajada rusa, y los jóvenes y felices cónyuges salían a pasar la luna de miel a las orillas del Neva y a recibir las señaladas muestras de protección que les guardaba Catalina, cuyo esclarecido nombre

apadrinara la boda. No puede aguzarse más el ingenio para cometer un crimen. En toda esta terrible tragedia se mezcla la crueldad bárbara de una tribu asiática con el refinamiento maquiavélico de una familia florentina. El santo amor convertido en cebo, el matrimonio legítimo en trampa, los afectos más naturales en causa de perdición, la confianza de una pobre muchacha en suplicio..... La Princesa llega, y en el día mismo de su llegada la encierran en húmedo calabozo, donde no podía penetrar casi ni el aire ni la luz. Un día que el Neva salió de madre y la inundación llegó hasta las puertas de su cárcel, se la comieron las ratas. Decidme si el crimen puede tener más crueldad, ni puede dar más horror.»

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exíjase el verdadero nombre Rehusese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange-bellefere. Paris



EL APIOL de los **D^{rs} JORET y HOMOLLE** regulariza los **menstruos**

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendada contra los Maes de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sars PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-NIERRO

El más poderoso Regenerador.

POBREZA DE LA SANGRE

VINO DE BELLINI

con QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escrófulosas, Fiebris, Nervoses, Falder regulariza la Circulación de la Sangre, conviene especialmente á los Niños, a las Señoras delicadas y a las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EXIJAN Vds.

la PÍLDORA BLANCA

DEHAUT A PARIS

Las **PÍLDORAS** purgativas y li purativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

No más Dieta. No más Regimen. Las menos **COSTOSAS** puesto que son las **mas activas.**

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNÉSIA

Recomendadas contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El ultimo beso

Largo, triste, profundo..... Bellísima con todas las bellezas: en su cuerpo, la alegría de todas las perfecciones; en su sér, la fiesta de todas las dulzuras. Suave, tierna, amorosa, lo encontró un día en su camino, un día en que la gloria de todos los vasallajes de admiración deshojaban á sus plantas las flores de todas las reverencias, y, buscando ella en donde salvar su serenidad del vértigo turbador de tanta luz, de tanta música y de tantas mujeres hermosas, y deliciosas armonías, y apuestos caballeros, fué á refugiarse en un ángulo del salón colgado de carmesí, velado por la penumbra de la luz muriente, templado por los hálitos del vecino jardín florecido; y allí la había dicho él, como en un monólogo triste, la infinita tortura de su vida y el suplicio infinito de su destino fracasado. Y ella, desde aquel instante, le ofreció un asilo de redención,

Propiedades Especiales.

La Emulsión de Scott, como ingeniosa combinación de aceite purísimo de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, levanta la resistencia orgánica, contribuye al aumento de las fuerzas físicas, vigorizando nervios y músculos, regulariza la digestión y estimula el apetito. Además combate los venenos que vician la sangre ó promueve su pronta eliminación, y goza de *propiedades especiales* y seguras contra las múltiples afecciones del aparato respiratorio.

Un sabor agradable y un aprovechamiento fácil y completo realzan sus méritos terapéuticos. Su

absoluta eficacia

contra la anemia, tisis, raquitis, enfermedades nerviosas, del pecho y pulmones, alteraciones de la sangre, denticiones difíciles y crecimiento rapido, le han conquistado fama universal.

La humanidad no ha podido menos de encontrar en tan benéficos atributos el secreto de la vida.

Todas las zonas y latitudes cuentan ahora por millares las estancias que *merced á ella* han sido heroicamente arrebatadas de los brazos de la muerte.

Rehúsenle las llamadas "tan buenas" ó "más baratas" que la de Scott.

De venta en todas partes.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

8 A

Jamás se descomponen.—Desde Villa de Cura escribe á los señores Scott y Bowne el doctor E. Velásquez:

"Tengo el gusto de participar á ustedes que he usado con frecuencia y con buen éxito la Emulsión de Scott, útil y eficaz medicamento que considero superior á las demás preparaciones de su clase, porque siempre permanece inalterable en las diversas temperaturas de diversos climas, y jamás la he visto fermentar ni descomponerse, así es que la soportan muy bien no sólo los estómagos delicados, sino también los ancianos y los niños."

en que se defendería de su tortura y su suplicio con el conjuro de sus miradas, y la sonrisa de sus labios, y la caricia de sus manos. Y «haciendo dos porciones» de su alma, le dió un nuevo aliento inmortal de esperanza y de vida.....

Merecía más, infinitamente más, que aquel beso largo, triste, profundo, que sin duda resonaba en el seno insondable de la misteriosa Eternidad!

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable e indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos.
De venta en los principales establecimientos de la República



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año **1903**

Está á la venta

CREME DE LA MECQUE DUSSEY

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del marfil
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.

Varia

En el Museo Británico se conservan libros escritos en ladrillos, conchas de ostra, huesos y piedras planas, y manuscritos en cortezas de árbol, hojas, marfil, cuero, pergamino, papiro, plomo, hierro, cobre y madera. También se conservan tres Biblias escritas en hojas de palmera.

Entre los hombres de ciencia existe la discrepancia de si es más fatigoso el subir una cuesta que el bajarla.

En Alemania, Austria, Dinamarca y Suecia se condena muy rara vez á muerte á los delincuentes.

En Nueva York, de cada doce asesinos once se escapan sin castigo, y en todos los Estados Unidos sólo un asesino de cada cincuenta sufre la pena capital.

En un solo año se han suicidado 407 estudiantes prusianos.

Los alumnos de las escuelas de China se vuelven de espaldas al profesor para dar la lección.

El doctor alemán Zergler dice que se puede predecir el tiempo por medio de fotografías del sol con mucha más seguridad que estudiando el barómetro. Los halos circulares ó elípticos que se ven en las fotografías tomadas del sol durante el día indican tormentas violentas, y especialmente si estos halos son de color oscuro y de gran diámetro. Por estas mismas señales se pueden predecir los disturbios magnéticos.

Las damas de la Edad Media se lavaban la cara con un pañito suave mojado en leche, porque suponían que el agua era perjudicial para el cutis.



LUISA AMELIA CASTILLO en su lecho de muerte

LUISA AMELIA CASTILLO

—

Para las almas torturadas en el suplicio de cada hora; para las pobres vidas que el dolor arrastra por entre los zarzales hirientes de la tierra, enseñando cuán fecundo en crueldades es el vientre de Miseria; para los irremediables sufrimientos que jamás han podido bendecir la eclosión de un nuevo día, ni llamarlo más misericordioso que sus terribles noches, la Muerte es la suprema Libertadora, el excelso consuelo de los que han vivido en aflicción. Para sus míseros despojos ultrajados se han hecho las piadosas caricias de las brisas vespertinas, que dicen sus resposos entre el follaje de los cipreses sepulcrales: para ellos, el beso silencioso de la luna compasiva sobre las rígidas inmortales que simbolizan la ventura: para ellos, el suave, lento y vago riar de los destellos del alba sobre los mármoreos cenotafios. En su íntimo candor, la Fe pide para sus sangrientas fatigas, perennal descanso; para su infinita agonía, eterna paz; para su inmensa tiniebla, perpetua luz!.....

Pero la congoja no ha hallado todavía nombres con que herir, vibrante de desesparación, á la imposable Victimaria, cuando cierra las puertas abrumadoras del mis-

terio sobre la gloria de estas vidas de niñas, sobre el descogimiento triunfal de estas almas, que son sobre la tierra como la única razón de la esperanza, como el exclusivo vínculo de la fe, como la sola probabilidad de la ventura ulterior, por la cual soporta la carne paciente el dominio transitorio del Dolor..... Y no rompe su rígida mudez el seno sin ecos de la insondable Eternidad, cuando yacente á la orilla de sus vórtices, la amargura delirante grita sus preguntas:—¿Cuál fue este delito, sin remisiones en los siglos, á cuya expiación no ha bastado la existencia de todas las generaciones, derramadas en férvida catarata por los despeñaderos sin fondo de la tumba? ¿De qué magnitud es la ira, inmensa, trágica é inaplacable, de esa justicia irreductible, para la cual no son reparaciones la sangre que destila el corazón de las madres y el raudal de lágrimas que derraman los hijos?

La misma incontrastable Naturaleza se extremece de piedad en esa hora cuya agonía no profetizó el visionario: la luz del alma astro que da vida á los seres y caricias á las cosas, no deja caer sino lampos amarillentos dentro el recinto del hogar en duelo; los céfiros son compasivos, y no vienen á secar sobre las flores el aljófár que

es su llanto; las aves sienten que las frondas cercanas al lecho de los moribundos son, por un instante, sagradas á su alegría de vivir; y todo cuanto alienta y todo cuanto reposa, los seres y las cosas, abren un piadoso círculo de silencio y de paz, al que sólo penetra, sacerdotisa de las melancolías, la luz velada por cendales amarillentos.

Todo, empero, intenta en vano rescatar la luctuosa victoria. ¿En qué lampadario ha ido á posarse la luz que vibraba como un negro carbúnculo en los ojos de esa virgen? ¿Qué ave milagrosa ha enriquecido sus arpegios, tomando de esos labios los acentos que pasaban acariciando su carnación de rosa? ¿Qué corola se ha impregnado del aroma de ese espíritu, ingrato con el vaso que lo contuvo, cincelado como por artífice maravilloso? Rota para siempre el ánfora ayer fragante, muda la escultural garganta que fue arpa de dulzuras, el eterno sueño ha caído sobre esos párpados, cuyas pestañas han tejido su negro brocatel.

¿Duerme, oh! alma de virgen, sobre el dulce regazo de las blancas flores que te fueron queridas, sobre el regazo perfumado de las blancas flores que fueron tus hermanas!

NUMERO DOSCIENTOS SESENTA Y CUATRO

Es el que corresponde á la presente edición de *El Cojo Ilustrado*.

Cerramos con él once años de labor tenaz, vencedora feliz de todos los obstáculos y todas las dificultades que, en medios agitados y anormales, se oponen casi á diario á la realización de todos los propósitos que reclaman estímulo para el esfuerzo, seguridades para el capital, calma de espíritu para las especulaciones intelectuales y ambiente puro y diáfano para la obra artística.

Nuestra intención es inspirada en un sentimiento que ha sido siempre respetable y santo, en donde quiera que ha alentado la dignidad humana:—dar prueba y manifestación constantes de que poseemos acervo útil y decoroso con que contribuir al universal movimiento de las ideas que redimen: de que podemos presentar á la Civilización credenciales que nos hacen dignos de ella: señalar, prácticamente, hasta donde podríamos alcanzar de enaltecimientos, hasta dónde podríamos llegar en el camino de la alteza humana, si nos impulsésemos como un deber inevitable y como una obligación de honor, acrecentar, utilizar, exaltar, los dones que un destino pródigo, á despecho de nosotros mismos, ha puesto bajo nuestro dominio y á nuestra discreción.

Fundada esta Revista en 1892, hemos pasado con ella á través del estrépito desconcertante y desconsolador de ocho REVOLUCIONES ARMADAS, salvándola como un paladión del renombre patrio, por sobre los incendios y las devastaciones, con el solo poder de una constancia enérgica y de una fe invencible en que para hacer vencedora y fructífera la obra del bien, la virtud milagrosa de las victorias infalibles reside en oponer al furor impetuoso de las intemperancias en delirio, la serena calma del deber honesto

y de la intención esclarecida. Porque, por sobre los empeños suicidas, reina, domina y vence una superior justicia de providencia y de excelsa razón, que guía y salva los destinos del pobre tumulto humano, delirante de pasión y de miserias.

Conturba y pasma, entristece y sobrecoge de pavora el espectáculo de un grupo humano que, poseyendo á mano todos los recursos de grandeza y de bienestar, desde los opulentos tesoros del suelo hasta los más enérgicos elementos de una raza vigorosa, se empeñe en ultrajar las más bellas preesas de su naturaleza, que sería orgullo sagrado de las fieras mismas; y se esfuerze, con una tenacidad que confunde y aterra, en desgarrarse las propias carnes, triturar su áurea osatura, mancillar su nombre: resistirse á penetrar en el día luminoso de la civilización, fugarse por los vericuetos tenebrosos que llevan á las ignominias, rebelarse contra su propio destino, huir á los himnos del progreso é internarse en las selvas, á arrullarse con el bramido de las bestias; y al elegir un instrumento de muerte, si éste es su sombrío y siniestro ideal, renunciar á perecer en un hartazgo de gloria y honor, para decidirse por el recurso incalificable de estrellarse el cráneo contra las moles de sus montañas! . . .

Nuestra satisfacción está en haber dado durante once años la prueba más incontestable de que prevalecen y viven, en dignidad y orgullo únicos, los esfuerzos sinceros, los propósitos eximios, las labores preclaras.

Al proseguir nuestro deber y prepararnos á una nueva etapa de luchas, enviamos un saludo á los colegas de la prensa nacional y extranjera que nos han honrado y estimulado con sus atenciones y sus aplausos.